

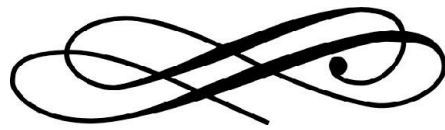
La  Rden

EL ELFO OSCURO

Una novela corta en el universo de La Orden

KASIA  BACON

EL ELFO OSCURO



EL ELFO OSCURO

UNA NOVELA CORTA EN EL UNIVERSO DE LA ORDEN

KASIA BACON

Traducido por
VIRGINIA CAVANILLAS



ÍNDICE

Carta al lector

1. INSOMNIO
2. SOBRENOMBRE
3. DILEMAS
4. PENA
5. PRUEBAS

Glosario

Sobre la autora

Otras obras de Kasia Bacon

Fragmento de 21 Flechas

KASIA BACON

EL ELFO OSCURO

Una novela corta de la serie La Orden



Traducido por
VIRGINIA CAVANILLAS

El elfo oscuro: una novela corta en el universo de La Orden

Copyright © 2019 by Kasia Bacon

Edición para Kindle

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Highlander: An Order Series Novelette*

Escrito por: Kasia Bacon

Editado por: Shelby Reed

Diseño de portada: [Marek Frankowski](#)

Primera edición en español

Traducido del inglés por: Virginia Cavanillas

Corregido por: Pilar Medrano

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser utilizada, copiada, reproducida, almacenada en bases de datos o programas de recuperación ni cedida en forma alguna ni bajo ningún concepto sin el previo permiso de su autora, salvo para el caso de usarse en reseñas literarias.

Se trata de un trabajo de ficción donde nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de su autora y cualquier parecido con personas o hechos reales es mera coincidencia.

Yo, Lochan, del famoso clan Féyes, sé muy bien lo que significa luchar.
Como semielfo, he tenido que enfrentarme tanto a los prejuicios de otros,
como a mi propio complejo de inferioridad.
Solitario por naturaleza, he tenido que batallar contra mi aversión a ser tocado
y a interactuar con los demás.
Para convertirme en asesino de La Orden, he tenido que aprender a superar las
limitaciones del cuerpo y de la mente.
Pero negar el poder que Eryvn Morryés ejerce sobre mí, podría ser la única
batalla en la que no me declare vencedor. Porque la verdad es que —y maldito
sea por ello— el incansable elfo oscuro consigue ponerme de rodillas ante él.

Serie La Orden: *uno es un arquero, el otro un asesino; uno un elfo oscuro,
el otro un mestizo. Ambos son soldados, almas gemelas, amantes.*

Queridos lectores:

Nada más estrenar El mestizo (The Mutt), llega a vuestros e-readers la edición en español de The Highlander (El elfo oscuro, segundo libro en la serie La Orden).

Su protagonista —un frío asesino de ojos azules, conocido como Lochan Féyes— tiene un lugar especial en mi corazón. En primer lugar, porque fue el primer personaje que creé, hace ya unos cuantos años. Pero también porque, y esto no me lo esperaba, escribir su historia fue una experiencia superprofunda y muy liberadora a título personal.

Trabajar en el libro de Lochan ha supuesto también una especie de reto. Escribir sobre alguien que es más pensamientos que actos, que no es nada hablador y cuyos monólogos se desarrollan en su cabeza y no en voz alta, puede resultar complicado. Por suerte, así como Féyes puede resultar exasperante, también tiene una cualidad que le redime: sentido del humor. Y eso es algo con lo que sé manejarme. Al fin y al cabo, un asesino sin sarcasmo es tan soso como el pastrami sin mostaza.

Así que, ¿qué tengo reservado para Ervyn y Lochan? Pues bien, estoy trabajando en el tercer libro de la serie La Orden, que se titulará The Scouts (Los Exploradores) y estará narrado bajo el punto de vista de ambos protagonistas. El libro seguirá las andanzas de los chicos en el Ejército de la Reina y nos enseñará cómo progresa su relación. Haré lo posible para que se estrene en español al poquito de que salga en inglés.

Para amenizar la espera, la traducción de mi cuento invernal —Blessing and Light (La Noche de las Luces)— estará disponible en Amazon mucho antes de Navidad. Es una historia corta que tiene lugar en el universo de La Orden pero que tiene como protagonista a una pareja diferente. ¿Estáis preparados para un dulce romance entre soldados, que tiene lugar en un castillo frío e invernal? ¡Que también sale un gato!

Gracias por seguir los relatos del universo de La Orden. Hasta que nos encontremos de nuevo.

—Kasia Bacon

*Para mi abu—D.E.P.
Patea unos cuantos culos en el cielo.*

INSOMNIO

Un silencio sepulcral cayó sobre el campamento una hora después del toque de corneta nocturno.
No se oía ni un ruido.

Excepto por mi compañero de tienda, Ghor, cuyos ronquidos sibilantes me estaban poniendo de los nervios. El cabrón no era consciente de la suerte que tenía. Consumido por la envidia que sentía de esa habilidad suya de recostar la cabeza y dormirse, barajaba la posibilidad de romperle el cuello. O ahogarle con una almohada. O insertarle la nariz en el cerebro de un puñetazo. Cualquiera de ellas me llevaría apenas un instante.

Me puse bocarriba y observé la oscuridad que cubría el techo de lona. Podía ver mi propia respiración salir en bocanadas y elevarse en forma de nubes de humo gris. Y tenía los pezones de punta. ¿Sería posible que se me hubieran congelado los dedos de los pies? Comparado con el calor del sur del Imperio, el supuesto clima templado del País de los Elfos podría traducirse perfectamente como «gélido». Tiré más de las mantas y me cubrí con ellas.

Decían que de camas blandas salían soldados blandos y la rigidez del petate que me había sido entregado por el Ejército Élfico daba testimonio de por qué se habían ganado la reputación de ser las fuerzas militares más duras del mundo. El puto catre se me clavaba en los omóplatos y en las caderas, que ya estaban sensibles de por sí, por cortesía de los enormes puños de Cían; el *hyoshie* de mi escuadrón seguía empeñado en ganarme en un combate mano a mano. Bien por él, tener metas era algo bueno.

Me concentré en el dolor y me relajé en él como me había enseñado mi padre: recibéndolo con los brazos abiertos. Con el tiempo, no solo había aprendido cómo conseguir que el dolor me calmara, había llegado incluso a

disfrutarlo.

Raras eran las ocasiones en las que conseguía dormir más de lo que dura un pestañeo y, aun cuando lo lograba, me despertaba al poco tiempo.

Dormir nunca me había resultado fácil. No desde que a los siete años me despertara con la noticia de haber ganado la guerra; una guerra que había proclamado a mi madre su heroína. Y también su mártir. Una semana después de su muerte, un musculoso extraño de nombre Lu Feninghan llegó reclamándome como su hijo. Recuerdo que llevaba un jubón con capucha y que estiré mucho el cuello para examinar de cerca las dos espadas curvas que llevaba a la espalda.

Su intención de llevarme con él al Imperio no sentó bien entre los encolerizados miembros de mi clan: el poderoso clan Féyes. Lo único que consiguió evitar que le hicieran pedazos fue la carta que portaba con él y que llevaba el sello de la reina. Ni siquiera el hecho de que mi padre resultara ser el Gran Maestro de La Orden templó los ánimos de mis familiares; seguía siendo humano. Y el permiso real que me autorizaba a salir del País de los Elfos iba contra la ley, que establecía que el lugar de los semielfos maternos estaba con la familia de sus madres.

No fue demasiado complicado imaginarse qué clase de servicios habría de prestar el cabecilla de la Hermandad de Asesinos a la Corona, a cambio de romper la ley de esta forma. A cuántos asesinatos equivaldría este acuerdo era algo que solo los ejecutores más cercanos a mi padre conocían. La reina Nae'amh no llevaba nada bien la deslealtad y poco le importaba si eras alguien influyente o no; los que la fallaban no tenían una segunda oportunidad. Esa lección, la de la sangre como moneda de cambio, la llevo grabada a fuego en la mente desde entonces.

En mi adolescencia, solo dos cosas habían funcionado como somnífero: una, implicaba agotarme a base de hacer ejercicio. Correr me sirvió durante un tiempo, pero entrenar de noche con un muñeco de madera —bien con cuchillos, bien a puño pelado— había demostrado ser una nana aún más efectiva. Repetir movimientos hasta la saciedad me dejaba sin energía y el dolor en carne viva en nudillos, antebrazos y espinillas me calmaba y hacía que cayera rendido nada más acabar.

En aquellas noches en las que todo lo demás fallaba, recurría a una técnica de emergencia: beber hidromiel extracargado. Había tenido una petaca debajo de mi cama desde que cumplí catorce años.

Dada la naturaleza crónica de mi insomnio, había perdido la esperanza de

encontrar el remedio definitivo que me ayudara a dormir. Y, desde luego, no había pensado encontrarlo en este campamento. Hasta que una noche, un elfo oscuro de pelo rubio, armado con una sonrisa burlona y unos brillantes ojos negros, se metió en mi cama.

Ervyn Morryés.

La primera vez que lo hizo, el muy idiota casi acaba degollado. ¿Quién en su sano juicio acecharía así a un asesino? Por suerte, reconocí su olor justo a tiempo y solo le hice un pequeño rasguño en la garganta. Sin embargo, eso solo le detuvo durante un instante, durante el cual aprovechó para murmurar: «¿Qué cojones te pasa a ti con mi cuello?». Y, tras eso, se metió entre mis mantas y se abrazó a mí.

Así, sin más.

Como si ese fuera su lugar.

La verdad, por muy desconcertante que esta resultara, es que... lo era. Y eso era algo que yo sabía en lo más profundo de mi ser.

Si no fuera así, ¿por qué iba yo a dormir a pierna suelta cuando él estaba a mi lado y podía sentir su cálido cuerpo pegado al mío?

Suspiré. No había tenido ni una sola noche de descanso desde que el escuadrón de Ervyn se fuera, hacía ya quince días, a practicar el tiro a caballo en las laderas y planicies cercanas al campo de entrenamiento. Me hubiera gustado poder negar la conexión entre ambos hechos, pero hacía tiempo que mentirme a mí mismo había dejado de funcionar.

De repente, me vi abrumado por el anhelo que sentí de sus labios en los míos. Insaciables e impertinentes. Insistentes. El solo pensar en cómo me agarraría la barbilla y tiraría de mí para que me encontrara con su boca — brusca y demandante— hacía que toda la sangre saliera disparada hacia mi entrepierna. ¿Por qué me gustaban tanto esas libertades que se tomaba con mi cuerpo? ¿Por qué se lo permitía? Al fin y al cabo, ambos sabíamos que, si quisiera, podría acabar con él de dos simples golpes.

Me vino a ver antes de partir. Ojalá me hubiera besado entonces. Pero se limitó a poner algo sólido y suave en la palma de mi mano y, antes de que pudiera ver de qué se trataba, ya se había marchado. Era una especie de cristal azul, como una piedra preciosa. Su color me era vagamente familiar. Y, por razones en las que no quería ahondar, lo había llevado conmigo en el bolsillo todo este tiempo.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por los ronquidos, cada vez más fuertes, que me llegaban desde el otro lado de la tienda. Convencido de

que el sueño me eludiría una vez más, me puse bocabajo y empecé a buscar a tientas bajo petate, tanteando en busca de la botella redonda que tenía ahí escondida. Unos instantes después, me sentaba de piernas cruzadas en la cama y daba largos tragos a ese calor que tan bien conocía. Una vez la sensación inicial de ardor se disipó, cerré los ojos, flexioné el cuello a un lado y a otro, y respiré hondo varias veces.

Se oyó un *tap, tap, tap* que me alertó de la presencia de alguien en el exterior. Pasos de dos personas distintas que venían de direcciones opuestas. Las pisadas de un lado eran rápidas y ligeras; las otras: sin prisa, pero decididas.

Puse el tapón a la petaca y la aparté. Me levanté en silencio y me posicioné en la entrada de la tienda.

—Más te vale tener una buena razón para andar merodeando por aquí después del toque de queda. —Cián se dirigió al intruso en un susurro, sin embargo, pude reconocer su voz.

—Sí, señor. —Mi corazón dio un brinco al oír esa combinación de acento de las montañas y tono ronco—. La tengo.

—¿Te importaría contármela?

La breve pausa que siguió a la pregunta fue un claro «preferiría no hacerlo». Sonreí.

—El *hyoshie* Hélk acaba de dejarnos libres tras una última reunión con el escuadrón y me dirigía a mi tienda, señor.

—¿Y por eso parecías estar medio escondido, como al acecho?

—He parado a echar una meadita, señor.

—¿Aquí? —La pregunta de Cián estaba teñida de desconfianza—. ¿Es que el concepto de letrina te resulta extraterrestre, Morryés?

—Hemos estado horas cabalgando, señor. Me va a explotar la vejiga.

—Oh, qué pena me das —se mofó el *hyoshie*.

Encontré un pequeño hueco entre los pliegues de la lona y eché un vistazo fuera. La luz procedente de los fuegos de vigía me permitió, apenas, hacerme una idea de la escena que se desarrollaba frente a mí.

—Lo siento, señor, pero ya no me aguanto. —Ervyn se llevó las manos a los cordones de los pantalones y tiró de ellos, impertérrito, con la clara intención de sacarse la polla ahí mismo.

Contuve la risa.

Cián negó con la cabeza a modo de reproche.

—Lo que sea que está mal contigo, Morryés, es algo gordo. —Escupió en

el suelo, se dio media vuelta y se marchó, soltando insultos en voz baja sobre salvajes de la montaña y cómo estos eran una vergüenza para sus madres.

Aparté un poco una de las solapas de la tienda.

Los ojos de Eryvn se encontraron con los míos, como si supiera que había estado observándole todo este tiempo. Me guiñó un ojo y me sonrió.

—Gordo es el adjetivo que lo describe, cierto —dijo mientras se agarraba la entrepierna y movía las caderas hacia delante y hacia atrás, sus pantalones aún desabrochados, soltándose todavía más.

A duras penas, conseguí no poner los ojos en blanco, pero no pude evitar devolverle la sonrisa. Abrí más la tienda para él.

No dudó, pero antes de entrar dirigió la mirada en la dirección por donde Cían había desaparecido.

—¿Qué pasa? ¿Que el hijo de puta sigue rondándote?

Me encogí de hombros.

Eso hizo que entrecerrara los ojos y me agarrara fuerte de la nuca.

—*Tey helvét mu-ehrs es, riénh né bac derrve.* —El ligero tono agitado que confirió a sus palabras hizo que la declaración sonara afilada.

No tenía la más mínima idea de lo que había dicho, pero reconocí la palabra «mío» y una maldición. Aún así, su brusco toque y ese acento tan marcado llamaron la atención de mi polla, que se irguió formando una tienda de campaña en mis pantalones. Y la cosa no hizo sino mejorar cuando me acercó más a él y me metió la lengua en la boca.

Durante años, no pude soportar la idea de que me tocaran, a no ser que fuera en una pelea. Y, a pesar de ello, ahí estaba yo, temblando de deseo, rindiéndome a sus suaves caricias mientras él —insolente y todo dominante— me manejaba a su antojo.

Cada vez que hacía esto, algo en mi interior salía disparado hacia la superficie, clavándome las garras en la piel para poder liberarse.

Y no le apuñalé, pegué o aparté. No. En su lugar, me entretuve chupándole la lengua y emitiendo patéticos gemidos.

El beso me dejó sin apenas aire y se llevó todo pensamiento de mi cabeza.

Cuando se apartó, se lamió los labios y me miró detenidamente.

—¿Hidromiel? Llevas días sin dormir, ¿verdad?

Parecía ser que, en algún momento, había descubierto mi problemilla. Al fin y al cabo, llevábamos haciendo esto casi cuatro meses.

No contesté. Me avergonzaba hablar de ello. La idea de hablar, en general, siempre me había parecido una pérdida de tiempo.

Era consciente de que mi insomnio le preocupaba. Las Fuerzas Armadas Élficas se tomaban muy en serio el tema del descanso. El cuerpo de un soldado —entrenado, bien alimentado y descansado— era la más importante de sus armas. Un soldado cansado cometía errores y los errores se llevaban vidas.

Para evitar su escrutinio, me dirigí a mi catre y me metí bajo las mantas.

Y, por supuesto, Eryvn se lo tomó como una invitación. No es que alguna vez actuara como si necesitara invitación para hacer algo. Se deshizo del pesado jubón de cuero y se quitó las botas.

—Ven aquí —su voz sonó cercana en la oscuridad y solo con oírle supe que sonreía—, que yo te arroparé, *mu'hrōnye*.

Llevaba un tiempo llamándome así. Una vez le pregunté qué significaba, pero se limitó a reírse y distraerme mordisqueándome la oreja.

Ghor seguía dormido y, por una vez, no me importaron sus ronquidos.

La estrechez del petate, que hacía que Eryvn y yo tuviéramos que pegarnos mucho el uno al otro, no era nada comparado con la estrechez de mis pantalones a la altura de la entrepierna.

Eryvn me acarició entonces la mejilla, deslizando la mano por mi mandíbula.

—Te he echado de menos —susurró.

El pulso se me disparó.

Solía decir cosas de ese tipo, de forma despreocupada, como si traicionar los pensamientos de uno no costara nada. Esa impulsividad suya hacía que rara vez se preocupara por esconder sus deseos e intenciones. Que se acercara así a mí, de forma tan descarada, me sorprendía muchísimo y admiraba —o quizá solo envidiaba— esa facilidad que tenía de mostrar sus sentimientos.

Los ojos se me cerraron al sentir el cálido y áspero tacto de sus dedos: la mano firme de un arquero. Y no sabía por qué, pero eso no hizo más que aumentar el placer que sentía en esos momentos mientras el aroma a agujas de pino, cuero y caballos lo inundaba todo.

Me acarició el labio inferior con el pulgar.

Gemí. Mi excitación era tal, que podría incluso matar con mi erección; lo cual, todo sea dicho, sería una gran habilidad en un asesino.

Tócame. Más. Te necesito.

Pero, entonces, se detuvo y retrocedió.

Cabrón.

Sabía bien lo que buscaba, lo que de verdad quería de mí: mis súplicas y

mi desesperación.

Y yo le di ambas, dado que a estas alturas no me quedaba ni un ápice de vergüenza.

—Por favor —susurré, trepando sobre él. Me lamí los labios, llegando con la lengua hasta su dedo y arremolinándola a su alrededor—. No pares.

Su respuesta fue un gruñido de satisfacción y verle manifestar así su aprobación casi hace que me derrame dentro de los pantalones. El solo saber que yo tenía el poder de satisfacerle como lo hacía, me llenaba de orgullo y lujuria. Aunque el motivo por el que quería —no, *necesitaba*— complacerle era un misterio; y uno que me perturbaba. Pero, en esos momentos, cuestionármelo o luchar contra ello no estaba entre mis prioridades, y es que estaba a punto de explotar a pesar de que todavía no habíamos hecho casi nada.

—Va a ser rápido —me advirtió como si leyera mis turbulentos pensamientos. Su respiración se estrellaba en mi oído, elevando mi deseo aún más alto. Su cuerpo, tenso y preparado, temblaba contra el mío.

Por suerte, yo no era el único que parecía desesperado.

—No me cabe la menor duda —contesté, intentando contener la risa.

Por los dioses que no se hacía una idea de cuánto.

Ervyn murmuró algo y prendió de nuevo su boca a la mía. Supe, por su dulce y especiado sabor, que había estado mascando raíz de *darhê*, algo por lo que la mayoría de los elfos oscuros sentía debilidad. Mi cerebro ya asociaba su sabor con el placer.

Terminó nuestro lento y profundo beso demasiado pronto para mi gusto, dándome un pequeño mordisco en el labio inferior.

Gemí en protesta, pero sabía que ir tras su boca sería inútil. Mi miembro palpitaba y goteaba, impaciente por su atención.

Jadeé de alivio en el mismo instante en que su mano tiró de los cordones de mis pantalones.

Por fin.

Liberó mi polla primero y, después, se dio prisa en sacarse la suya. El primer roce de su suave y dura longitud contra la mía, dirigida por sus expertos dedos, hizo que la llama que comenzaba a parpadear en mi interior se convirtiera en verdadero fuego.

—Eres magnífico —dijo con asombro antes de succionar la piel sobre mi clavícula.

Yo, que era consciente de su intención de marcarme, temblé.

«Rápido» era sin duda la palabra de la noche: apenas una docena de caricias después, todo entre nosotros estaba húmedo, caliente y pegajoso.

Aturdido y sin aliento —mucho más de lo que lo estaría tras correr durante dos horas— le dejé que me girara y me pusiera de lado en el catre.

Nada más hacerlo, pegó el pecho contra mi espalda.

—Duerme, *mu'hrōnye* —dijo en mi oído, arrastrando las palabras.

Como si fuera tan sencillo... Empecé a reírme, pero entonces me dio unos suaves besos en el pelo y se abrazó más a mí.

La mofa murió en mi laringe.

Puso el brazo sobre mi cadera, rodeándome, en un gesto que resultaba restrictivo y controlador.

Y tan increíble.

—Duerme —me ordenó.

Y los dioses sabrían cómo, pero me dormí.

S O B R E N O M B R E

El retumbar de mi estómago fue largo y atronador. Tanto, que la yegua negra de la cuadra de al lado me dedicó un movimiento de orejas y pude oír la risita del recluta que en esos momentos trabajaba en ella, inclinado sobre sus cascos.

Era casi mediodía. Había estado con tareas de establo desde el amanecer. El haber cambiado el desayuno por diez vueltas alrededor del campamento no parecía ahora la más sabia de las decisiones. Y beber de mi odre de agua no conseguía ya engañar a mi tripa para que pensara que estaba llena.

Se me abrió la boca en un enorme bostezo.

El olor del estiércol, mezclado con el de la hierba, limpia y fresca, lo cubría todo. El polvo del heno se me agolpaba en la garganta y el aroma salado del sudor de los caballos flotaba en el aire de forma tan potente que casi podía saborearlo. De vez en cuando, un relincho o una risa interrumpían el monótono silencio del pastar de los animales. Lo encontraba reconfortante.

De todas las actividades que nos obligaban a llevar a cabo en el campamento, yo solía detestar aquellas que no estaban directamente relacionadas con el entrenamiento. Las consideraba una distracción. De solo pensar, por ejemplo, en las tareas de cocina —centradas en el trabajo en equipo y en la comunicación entre reclutas— las náuseas me embargaban. Prefería el turno de limpieza de letrinas, que podía ser un sufrimiento a nivel olfativo, pero al menos no requería conversación. El hecho de que prefiriera limpiar mierda, literalmente, que *comer mierda* —en su acepción metafórica de «charlar sobre nimiedades» con el resto de mis compañeros— lo decía todo.

El trabajo en los establos, sin embargo, sí me gustaba.

La pasión por los caballos era algo que llevaba en la sangre. La cultura élfica se asentaba en tres pilares básicos: la guerra, el juego y la equitación. Y, aunque todos los elfos adoraban los caballos, los oscuros lo llevaban más allá y lo convertían en una especie de obsesión. Grupos de elfos oscuros merodeaban por el establo mañana, tarde y noche. Y, a juzgar por la frecuencia de sus turnos ecuestres, era probable que los muy cabronazos sobornaran al *hyoshie* encargado de los turnos.

Eso me recordó la pequeña investigación que tenía intención de llevar a cabo y para la cual necesitaba un elfo oscuro.

El sonido de unos cascos acercándose por el pasillo del establo llamó mi atención. Y, como si de magia se tratase, el recluta que me traía el último caballo que tenía que limpiar y montar tenía ojos negros rasgados y un pelo negro como el azabache, recogido en un moño alto que era digno de admiración.

El elfo oscuro me hizo un gesto con la barbilla señalando al semental.

—Se llama Flÿn.

Me pasó la cuerda, que ató a una anilla en la pared frunciendo un poco el ceño. El acento del recluta era mucho menos marcado que el de Eryvn.

Le di a Flÿn unas palmadas en el cuello, sin poder evitar admirar la pureza de su pelaje negro. Tenía un raro tono azulado y ni un solo pelo marrón alrededor de los ollares, costado o codos que estropeará su perfecta tonalidad. Sabía que este espectacular espécimen pertenecía al *hyoshie* Hélk y estaba segurísimo de que si no hacía un buen trabajo en su adorado corcel, acabaría con una puta flecha atravesándome el cuello.

El elfo oscuro se giró para irse.

Cogí aire.

—Espera —dije, y él dejó de moverse—. ¿Qué significa *mu'hrōnye*?

Se quedó mirándome sin articular palabra, sorprendido, como si acabara de descubrir que yo no era mudo, que podía hablar.

—¿*Mu'hrōnye*? —Sus negras cejas se juntaron, mostrando el tremendo esfuerzo mental que estaba haciendo. No parecía ser el más rápido del lugar, no—. Mi... esto... ¿mitad de camino?

¿Me lo decía o me lo preguntaba? Me tragué la decepción y le di las gracias con un asentimiento de cabeza, ignorando su mirada especulativa. Se quedó ahí unos instantes y cuando yo centré mi atención en el semental, se encogió de hombros y se fue.

No sé qué me había creído que escucharía, pero, al menos, había esperado

que tuviera sentido.

¿La mitad de camino de Eryvn? ¿Mitad de camino hacia qué? ¿Hacia la locura?

Molesto, cogí un puñado de paja y uniendo las hebras a modo de cepillo empecé a frotar a Flÿn. Mis movimientos, cortos y rápidos, levantaban nubes de polvo en el aire.

—No me puedo creer que te llame así.

Esa voz... tenía un timbre distinto, pero el acento era uno que conocía bien y todo en mi interior saltó ante la familiaridad en el deje.

Sin interrumpir lo que estaba haciendo, giré mi cabeza hacia él.

Verhan, el primo chismoso de Eryvn, se acercaba a la barra de madera que separaba nuestras cuadras. Se apoyó en ella de forma despreocupada, con los brazos cruzados, y me estudió de arriba a abajo.

Sus brillantes ojos, muy parecidos a los de Eryvn, eran como piscinas de lava negra. Ambos eran atractivos, de nariz recta, pómulos afilados y barbillas puntiagudas. Pero Verhan no era competencia para su primo de pelo rubio.

—¿Qué? —murmuré.

—*Mu'hrōnye*. No me puedo creer que Eryvn te llame así. —Siguió mirándome como si yo fuera una atracción de feria—. Y, para que lo sepas, Féyes, has preguntado a la persona equivocada.

—Ah, ¿sí?

Suspiró de forma exagerada.

—Ulyk no es de la Montaña Negra. Algunas palabras tienen distinto significado en su zona. No todos venimos del mismo lugar, ¿sabes? —Sonrió—. No parece saber una mierda sobre elfos oscuros y eso que llevas meses tonteando con uno.

Me quedé mirándole anonadado. Sorprendido de verdad. El muy cabrón estaba puteándome. Esto era nuevo. La gente no me hablaba y, dado que yo me esforzaba mucho en desalentarles, no solían siquiera dirigirse a mí.

No obstante, me quedé pensando en lo que Verhan acababa de decir. Por lo que a mí respectaba, los elfos oscuros eran unos cabronazos con aspecto de tipos duros que se convertían en arqueros bastante buenos. Preferían juntarse con los de su clase y, cuando estaban entre los suyos, tendían a hablar en su propia lengua. Su linaje étnico no era algo que me quitara el sueño. Mi interés estaba centrado en un elfo oscuro en particular y este era un enigma cuya solución aún me planteaba problemas.

—No hay elfos oscuros en el lugar del que yo vengo — dije entre dientes,

a la espera de que el listillo me proporcionara la información que necesitaba.

—Vaya... —dijo arrugando la nariz.

Contuve una sonrisa ante su clara desaprobación de aquellas partes del mundo que no contaran con la presencia de algún familiar suyo.

—Así que quieres saber lo que significa, ¿eh? —Hizo una pausa, haciéndose de rogar. La tentación de darle una paliza se intensificaba por momentos.

Verhan se estremeció.

—Por los dioses, ¿podrías no fulminarme con la mirada? Está bien, te lo diré. —Por un instante pareció un niño enfadado al que le habían quitado su juguete favorito—. Significa «mi centro», en el sentido de «mi corazón». —Su exagerado acento se redujo un poco al final, al decir las últimas dos palabras.

Algo se desató en mi pecho.

Conmoción. Entusiasmo. Una punzada de pánico.

Se quedó mirándome en silencio y ladeó la cabeza.

—¿Eres consciente de lo tradicional que es Eryvn en el fondo? —Y, un poco más bajo, como si hablara para sí mismo, añadió—: Antes de que seas consciente de ello, te estará regalando un caballo.

Perdí el ritmo de mis movimientos, quedándome ahí, suspendido sobre la cruz del semental. Había oído de esa costumbre de las montañas. Comprar un caballo para la persona amada equivalía a una propuesta de matrimonio. Si se aceptaba era casi como intercambiar votos.

Me dieron ganas de reír. Verhan no sabía lo que decía. Lo que fuera que estaba pasando entre Eryvn y yo, no era eso, no era así entre nosotros. Eso lo tenía claro, a pesar de no tener ni idea de qué era exactamente lo que teníamos. Por no mencionar que, en breve, yo estaría en algún lugar perdido del mundo en alguna misión para los Exploradores, mientras que él se asentaría en Asirhwÿn durante los próximos cinco años, con ese elegante uniforme de la Guardia de la Reina, siendo objeto de todo tipo de miradas.

Verhan me observó durante unos instantes, como si yo fuera un poco lento y no me estuviera enterando de algo de vital importancia.

—Déjame que te cuente una cosa, Lochan.

Se sacó del bolsillo un par de manzanas verdes y me lanzó una. Girándose un poco, le ofreció la otra a la yegua que tenía tras él. Yo seguí su ejemplo y alimenté a Flÿn con la fruta. Este acabó con ella de dos mordiscos.

—Eryvn tiene una relación muy cercana con sus padres. Es hijo único y eso es raro en las montañas. ¿Qué puedo decir? Nuestra gente tiene que

encontrar cómo entretenerse en esas largas y frías noches. —Subió y bajó las cejas un par de veces de forma un tanto irritante—. Mira, la familia Morryés es algo así como famosa en las Tierras Altas. H'agan, el padre de Eryvn, es muy bueno con el arco y su madre es una belleza. —Verhan se pasó la lengua por los labios y contoneó las caderas contra el tablón que separaba nuestras cuadras, como si estuviera follándose al panel de madera y, todo ello, sin mostrar una pizca de vergüenza.

¿Cuál era el problema de este chico? Me costó un poco, pero me contuve de analizar sus posibles taras y me concentré en escuchar.

—Estuvieron hechos el uno para el otro desde el principio, a pesar de que H'agan tenía un regimiento de admiradores contra el que competir. Incluso a día de hoy, es raro ver a uno sin el otro. Cuando Yvenne estaba embarazada de Eryvn, un mago humano de entre el personal del Emperador, que estaba de visita por la zona, se encaprichó de ella, hasta el punto que el muy hijo de puta la secuestró. El revuelo que se armó alcanzó cotas internacionales. H'agan se gastó una fortuna persiguiéndoles, tratando de recuperar a su mujer y a su bebé. —Verhan hizo una pausa en su verborrea solo para poder respirar—. Y aunque todo el mundo le dijo que desistiera, él ni siquiera contempló la posibilidad. Le costó tres años, pero lo logró. Y, cuando volvieron con un niño pequeño de pelo rubio, la gente empezó a hablar. Yvenne volvió... cambiada. Y, en las montañas, nunca antes había nacido un niño de pelo claro, así que la gente estaba recelosa.

No me jodas.

Me lo imaginaba a la perfección. A la mayoría de los elfos no les agradaba el contacto directo con humanos, como si esa proximidad pudiera mancillarles o transmitir alguna enfermedad; algo que yo sabía de primera mano. Sin duda, que hubiera magia implicada había empeorado la situación.

—H'agan no iba a consentir semejante cosa. Así que llamó a una reunión a todos los clanes de la Montaña Negra para solucionarlo al estilo de los elfos oscuros: durante días bebieron todo lo bebible, hablaron y pelearon. La mayoría entró en razón rápidamente; algunos, más obstinados, necesitaron unos cuantos mamporros. Pero H'agan solo mató a aquellos que cuestionaron su paternidad. Después de eso, Yvenne y Eryvn fueron aceptados de nuevo en la comunidad.

Asentí, muy de acuerdo con la forma de persuasión de H'agan. El padre de Eryvn parecía un hombre sensato. A veces, unos cuantos huesos rotos y algún que otro cadáver, eran más convincentes que intentar razonar.

—¿Qué le pasó al mago? —pregunté.

La expresión de Verhan denotaba satisfacción.

—H'agan le persiguió durante meses. Un día, lo encontró en un ventanal de su torre, ¿te lo puedes creer? ¡Tomando el solecito! Le metió una flecha por el ojo a doscientos pasos de distancia, desde abajo y en un día de mucho viento. —Por la forma en la que Verhan cuadró sus hombros cualquiera diría que había sido él quien lanzara la mortífera flecha.

Me contuve para no sonreír. Disparar al mago desde la distancia, sin que este fuera consciente y, por tanto, no pudiera sacarse de la manga algún hechizo, tenía todo el sentido del mundo. Aunque era posible que el resto de la afirmación tuviera algo de exageración. Este tipo de historias, con el tiempo, terminaban convirtiéndose en leyendas. Algunos de los rumores que circulaban sobre las hazañas de mi padre hacían que él mismo se riera a carcajadas. «Cada cotilleo que oigas, divídelo entre tres», me había dicho siempre.

—Así que: ¿sabes cómo llama H'agan a su mujer? —La sonrisa de Verhan era todo blancos dientes. Se inclinó más sobre la tabla entre las cuadras, con una expresión tan engreída, que rogué para que la tabla de madera se rompiera bajo su peso—. Ahí lo dejo. Ahora mírame todo lo mal que quieras, Féyes.

—Verhan, ¿ya estás otra vez dándole a la lengua? —El grito del *hyoshie* encargado del establo llegó desde el otro lado del pasillo e hizo que Verhan se incorporara rápidamente—. Calla de una puta vez y monta tu caballo o te expulso. La comida de mediodía es en media hora y os quiero fuera de mi vista para entonces. ¡Venga, todos vosotros, dejad de tocaros los huevos y poneos a trabajar!

—¡Sí, señor! —La respuesta de los reclutas llegó a modo de coro, dejándome casi sordo.

Apreté con fuerza el mango del limpiacascos.

Verhan pasó de largo mi cuadra y, llevándose con él la yegua, salió al campo. Cuando nuestras miradas se encontraron, me guiñó un ojo. Entonces, se puso la mano derecha sobre el pectoral izquierdo y empezó a imitar los latidos de un corazón.

Puto humorista.

Me pregunté si sería igual de gracioso si tuviera el labio partido y un ojo morado.

DILEMAS

El cálido aliento de Cián chocaba, jadeante, contra mi nuca. Por los dioses... debía de pesar más de dos quintales. Podía sentir el sólido retumbar de su corazón en mi espalda y su miembro, medio duro, rozaba el lateral de mi muslo.

—Veamos cómo sales de esta, Féyes —me dijo al oído con voz ronca, tenso por el esfuerzo de tenerme sujeto bajo él. Derrochaba triunfo por todos sus poros. Creía que esta vez me había ganado.

Qué adorable.

Tumbado sin moverme, bocabajo de cara al suelo, escondí mi sonrisa contra la hierba.

Cián era físicamente superior a mí y, como todos los oponentes de estas características que me había encontrado en la vida, confiaba demasiado en sus músculos y creía que, por superarme en talla, le sería más fácil controlarme.

Por desgracia —para Cián, claro—, mi compañero de entrenamiento en casa era Sashê, uno de los ejecutores de confianza de mi padre, que era, además, un asesino de triple anillo. Tenía el físico de un horno de panadería, solo que más grande y más alto. Pasó mucho tiempo (tiempo que medía en número de moratones y esguinces) hasta que empezara a ganar mis primeros encuentros contra Sashê. Pero desde mi sexto año en La Orden no había perdido ni una sola pelea contra él.

Cián, seguro de su éxito, cambió de posición sobre mí a la vez que me clavaba una rodilla en la columna vertebral. La presión que ejercía sobre mis pulmones hizo que me fallara la respiración. Lo normal hubiera sido entrar en pánico y rendirse.

Me lloraban los ojos. Dolía. Dolía muchísimo.

Y, a pesar de todo esto, mi polla decidió contribuir e interesarse por la situación.

Pero, de forma inmediata, mi cerebro estuvo en desacuerdo. El olor del sudor de Cián no era el adecuado. Sus gemidos eran demasiado bajos. Su peso, excesivo.

No era Eryvn.

Irritado, sin saber muy bien por qué, decidí dejar de cuestionarme la naturaleza de tan conflictivas sensaciones y me obligué a centrarme.

Dejé que Cián disfrutara de sus delirios de grandeza y gloria un poco más, arrullándole en un manto de falsa seguridad. Esperando que cometiera un error.

Y lo hizo.

Me mantenía sujeto con una rodilla, pero al cambiar de posición abrió las piernas un poco más de lo necesario.

Opté por una maniobra sucia y muy precisa, perfecta para guerreros flexibles: levanté las piernas, hacia arriba y hacia atrás, como si tuviera intención de patearme mi propio culo. Pero no era una patada al azar, mi objetivo era un nudo de nervios en la ingle de Cián.

Dado que había estado más de una vez en el extremo receptor de semejante golpe, sabía que dolería de la hostia. Cián siseó y, como era de esperar, redujo su agarre. No suponía mi completa libertad, pero me valía.

Aproveché la ventaja que suponía su distracción y me levanté con ambos brazos. Giré las caderas y me lo quité de encima, dándole un codazo en la mandíbula.

Aunque estaba seguro de que el *hyoshie* estaba viendo las estrellas, no emitió ni un gemido. Antes de que se recuperara, me senté sobre su pecho y le presioné el cuello con las piernas. Le puse un par de dedos sobre la carótida, bajo la oreja, dispuesto a apretar y dejarlo inconsciente.

Noté como su pulso repiqueteaba acelerado.

Ambos nos quedamos quietos durante unos instantes.

—¿Y bien? —dije al fin, mirándole con una ceja alzada.

—Mierda —jadeó Cián. Entonces, echando la cabeza hacia atrás, la apoyó sobre el suelo de musgo en señal de derrota. Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa.

Una cosa tenía que reconocerle: no era mal perdedor.

—Si querías restregarme la entrepierna por la cara, podías haberlo dicho y ya está —murmuró, sus ojos grises fijos en los míos. Luego, entrecerrándolos,

añadió—: Pero ya vale de arrumacos, Féyes, quítate de encima de una puta vez.

—Sí, señor.

Apenas nos habíamos puesto en pie y ya se oían las monedas pasando de unas manos a otras.

Nuestras sesiones matutinas habían empezado a atraer cada vez a más gente. Y, por lo que había podido deducir, muy pocos eran ya los jugadores que seguían apostando sus monedas de plata por Cián. Si a este le molestaba que sus probabilidades de ganar cayeran un poco en cada combate, nunca lo demostró.

—¿Qué pasa, mamones, queréis que os encuentre alguna mierda que hacer? —bramó a los espectadores.

La muchedumbre se diluyó en menos de lo que uno tarda en parpadear.

A mí me sonrió, sacudiéndose el polvo de la ropa.

—Si alguna vez te apetece un entrenamiento más... *intenso*, pásate por mi tienda.

Una fría brisa, cargada con olor a pino, me alborotó el pelo mientras caminaba por los límites del campamento en mi guardia nocturna.

Perdido en mis pensamientos, me aparté los mechones que se me habían soltado de la trenza. Llevaba todo el día dándole vueltas a lo que me había dicho Verhan y, para colmo de males, no podía quitarme de la cabeza la sesión de entrenamiento de esta mañana.

Mentiría si dijera que encontraba a Cián repulsivo. Y no costaba mucho deducir cuáles eran las intenciones del *hyoshie*. Lo que sea que me estuviera ofreciendo sería corto, fácil y sin consecuencias. A diferencia de Eryvn, Cián era una apuesta fácil y segura y así era como me gustaba a mí jugar: sobre seguro. ¿Accedería a sus insinuaciones de no ser por la existencia del elfo oscuro?

Pocas cosas me asustaban; era joven y arrogante. Pero Eryvn Morryés me tenía aterrorizado y daba igual cuánto me empeñara en negarlo. Lo que me hacía sentir, la necesidad que me generaba, me daba un miedo atroz; a pesar de que ese temor también escondiera un punto de fascinación.

Bajar la guardia e intimar con otros era un error. Abandonarte hasta el

punto de necesitarles: una auténtica locura. Porque la gente moría, como mi madre. La gente se iba, del mismo modo que mi madre había abandonado a mi padre. O como yo, que cuando llegó el momento de unirme al Ejército de la Reina abandoné a mi hermano pequeño, mi medio hermano Bastie, a quien había criado desde que este fuera prácticamente un bebé, tras la muerte de su madre humana. En mi experiencia, esperar que la gente se quedara a tu lado sin importar qué, solo podía acabar en desastre. El dolor, consecuencia inevitable de semejante insensatez, superaba con creces los beneficios que uno podía obtener de esa intimidad, totalmente temporal, y de la tranquilidad efímera que suponía. No podía entender cómo algo así merecía la pena.

A pesar de ser consciente de todo esto, permití que se me olvidara. Y no por un instante, no. Durante varios meses. Y culpaba al elfo oscuro de ello.

¿Por qué no podía controlarme? ¿Por qué seguía respondiendo a sus exigencias? ¿Por qué dejaba que viera —que poseyera— a mi yo más vulnerable a sabiendas de que ello iba en contra de mis principios de supervivencia?

Me fijé en él desde el principio. Fue difícil no hacerlo; y más difícil aún fue ignorarle. Con todo ese pelo rubio, la cara delgada y el pecho desnudo. Con esos ojos oscuros e inquietantes, insistentes, como brasas incandescentes recién salidas del fuego. Con esa calma, esa seguridad, esa perseverancia.

Desde el primer momento, supe que me deseaba. Sin embargo, yo no quería estar con nadie. Y con él, todavía menos. Intuí, no sabía cómo, que ese elfo oscuro podría ser una amenaza contra mi estabilidad emocional y no es que yo tuviera mucho de eso de por sí. Además, no teníamos nada en común. Yo era un solitario, de naturaleza reservada; él derrochaba carisma. Tanto los reclutas como los *hyoshies* se veían atraídos por él y por su arrogancia. Por mucho que luego se quejaban de su actitud.

Todo cambió en el instante en que le vi con el arco largo. Fascinante y etéreo, despertó un anhelo en mi interior que necesitaba ser satisfecho o no desaparecería.

Siempre había encontrado atractivos a los arqueros, a pesar —o, quizá, precisamente por ello— de que el arco no era lo mío. Para ser honestos, sería la última arma que elegiría, pero eso no quería decir que no valorara el talento, el dominio y el control que conllevaba. Ese poder, silencioso y letal, que descansaba sobre una base de paciencia y elegancia, era digno de mi admiración.

Y no es que hubiera escasez de arqueros en el campamento. Podría haber

elegido a cualquiera. ¿Por qué Eryvn?

¿Sería porque la primera vez que forzó ese beso entre nosotros todo en mí cobró vida? ¿Porque se reía con las cosas que yo decía? ¿Porque me tocaba con auténtica codicia, como si nunca tuviera suficiente de mí? ¿Por cómo me miraba, cautivado y lleno de asombro, cada vez que me tenía entre sus brazos y hacía que me derritiera, perdido entre el éxtasis y el más puro horror por lo fuerte que era el deseo que provocaba en mí?

A veces, su tacto, su olor y su sabor me decían que él era mi destino; otras, mi mayor error. Y yo seguía indeciso, sin saber aún si me encantaba o si, por el contrario, odiaba esa forma que tenía de llegar a mí, como si tuviera todo el derecho. O, lo que era peor: cómo yo le obedecía fervientemente.

Mi turno de patrulla se acabaría pronto y uno de los guardias de día me sustituiría. Cuando daba mi última vuelta al campamento, el sol empezó a salir. Hice una pausa para admirar los colores opalescentes del amanecer sobre el bosque, todavía cubierto de penumbra y niebla. Cuando la luz se impuso victoriosa sobre la oscuridad, me di cuenta de la verdad.

No quería a otro arquero, del mismo modo que no quería a Cián. Fuera lo que fuera este sentimiento que había nacido en mí, solo podía ser saciado por Eryvn Morryés.

Esa alarmante y patética sensación parecía haber venido para quedarse y era evidente que nadie que no fuera él serviría para aplacarla.

Cuando cayó la noche, mi compañero de tienda salió a cumplir con sus tareas.

Y, antes incluso de que dejara de sonar el toque de corneta, yo ya me hallaba gimoteando y revolviéndome en mi catre bajo Eryvn, un trémulo amasijo perdido en su dulce y tortuosa boca.

Se tomó su tiempo —orgullosa de ello, por supuesto— en deshacerme por completo. Le encantaba verme temblar bajo él. Le encantaba que siguiera el ritmo que él imponía. Le encantaba poseer mi cuerpo y negarme la liberación hasta que él estaba preparado. Él.

Pero no podía decir que la situación me desagradara.

Cuando por fin pude coordinar y recobré el control de ojos, mente y extremidades, me encontré a mí mismo estirado sobre él, con la cabeza en su

pecho.

Él me acariciaba el pelo, masajeándome sienes y orejas mientras tarareaba una suave canción en su melodiosa lengua.

Me quedé dormido, flotando en su calor.

Cualquiera hubiera dicho que me acababa de cantar una nana.

—*H*ey Féyes, Quill quiere verte —gritó un recluta que no conocía, haciéndome señas desde fuera del campo de entrenamiento para llamar mi atención.

Colgado de un marco de madera como estaba, completé una última tanda de flexiones antes de bajar. Me columpié en la barra un par de veces, hice una voltereta hacia atrás y aterricé en el suelo. El sudor me goteaba por la espalda a pesar de que el aire otoñal traía un filo helado consigo.

Me puse la camisa y me dirigí a la tienda del *hyoshie* que se encargaba de los alistamientos y contratos: un norteño al que llamaban Quill, que siempre llevaba una pluma negra de cigüeña colocada tras la oreja.

Tenía una enorme pila de pergaminos cubriendo su mesa. Me miró por encima del desbarajuste, con cara de preocupación.

—Ah, Féyes. Los Exploradores te han mandado un pergamino —dijo mientras rebuscaba en la torre de papeles ante él y maldecía en voz baja. Le llevó un tiempo antes de que encontrara lo que estaba buscando—. Bien. Aquí está. Necesito que firmes el contrato y eches un vistazo a las órdenes y encargos. Te irás en un par de semanas.

El corazón se me cayó a los pies. Sabía que este momento llegaría, pero, por algún motivo, me pilló con la guardia baja. Me quedé ahí, mirándole, sin hacer nada más, como un muñeco de trapo, los pergaminos suspendidos en el aire.

—¿Y bien? —Quill zarandeó los papeles, molesto, urgiéndome a que los cogiera—. ¿Qué te pasa? Te has graduado con honores, ¿qué quieres? ¿Que te componga una sonata? —Me puso mala cara—. Lo único que tienes que hacer ahora es mover el culo, volver a tu unidad e ir preparando tu futuro viaje. No es tan complicado.

—Sí, señor. —Examiné los papeles en mis manos, prestando tan poca atención a las runas que contenían, que bien podía haber estado escrito en

troviano antiguo. De repente, noté algo tirante en el pecho, como si alguien hubiera puesto a mi alrededor una apretada cincha de hierro.

—Por todos los dioses, Féyes, llévate tu ensimismamiento a otra parte. Tengo doscientos contratos que gestionar antes de que caiga la noche. —Cogió el artefacto que usaba para escribir y moviéndolo hacia mí, me instó a irme—. Tráeme el contrato firmado antes de la cena. Y comprueba tu equipo por si hay alguna cosa que haya que reemplazar. No, mejor, hazme una lista.

Me dirigí a mi tienda, confuso con lo angustiado que me sentía.

¿Cuál era mi puto problema? Había entrado en la unidad de élite con la que siempre había soñado. La mayoría de los soldados darían sus dientes delanteros por tener la oportunidad de entrar. Mi madre habría estado orgullosa; mi padre lo aprobaría.

¿No debería estar contento? El entrenamiento inicial —que, todo sea dicho, era una pérdida en tiempo en bastantes aspectos— había llegado a su fin. Y, no es que me hubiera importunado demasiado, pero es que mis compañeros y yo bailábamos al ritmo de distintos sonos. A algunos el concepto de combate no les era ajeno; las luchas entre clanes y las contiendas familiares tenían lugar con bastante frecuencia y los más jóvenes tendían a participar en más de una de esas escaramuzas armadas. O en más de diez. Pero no era lo mismo. Entre los reclutas del campamento se comentaba que solo habían luchado a puñetazos con sus hermanos o primos cuando, a mí, el halcón de La Orden tatuado en mi pecho ya me había clavado bien sus garras. A los diecisiete, el brazalete de doble anillo ya decoraba mi brazo, anunciando que era un Asesino. Por ese entonces ya ni recordaba ni cuándo ni cómo le había dicho adiós a mi infancia.

Una vez en mi tienda, me tiré sobre el catre. De repente estaba exhausto y me dolía todo. Leí el contrato y no encontré ninguna sorpresa en él: cinco años de servicio con la posibilidad de renovar por otros cinco. Eso iba unido a una buena paga solo por cumplir con la voluntad de la reina y de mi comandante. No tenía quejas al respecto.

Eché una ojeada rápida a la misión que se me encomendaba: tenía que emprender un viaje hacia el noroeste el día después de las pruebas de arco y lo tenía que hacer con su ganador como acompañante. La unidad esperaba un informe tras dos semanas. Había que hacer una corta parada en la capital para recoger un encargo: unas armas hechas a mano en la herrería más famosa de Asirhwÿn.

El mero hecho de imaginarme obligado a cabalgar estribo con estribo con

un extraño durante todo el tiempo que durara el viaje, hacía que las náuseas se apoderaran de mí y me revolvieran todo por dentro.

Echándole un segundo vistazo al pergamino, me percaté de que la sede de los Exploradores estaba en Lago de Lava. Una región colindante con las Tierras Altas, las queridas montañas de Eryvn. ¿Quizá desde allí podría verse alguna de sus poderosas cumbres? A él le encantaría estar tan cerca de su hogar. Si él fuera mi compañero de viaje, le enseñaría Asirhwÿn, porque sabía que nunca la había visitado y yo conocía bien la ciudad, a pesar de haberla abandonado cuando aún era un niño. Echaba de menos los edificios altos, estrechos y de apariencia calada de la Ciudad Plateada, nombre que se le daba por el color del mármol que se usaba en sus construcciones. Esa ciudad solía ser mi hogar y, si él fuera mi compañero de viaje, podríamos ir juntos y observar, con nuestras manos enlazadas, cómo la luz de mediodía rebotaba en las resplandecientes paredes de la torre más alta y de las torretas.

Si él fuera mío...

Pero no sería Eryvn quien cruzara conmigo el País de los Elfos. Y tampoco sería él quien sirviera codo con codo a mi lado.

Eché la cabeza hacia atrás, contra el colchón. Los pergaminos cayeron al suelo con un ruido sordo.

Idiota.

¿Qué sentido tenía seguir prolongando todo esto? Ambos nos iríamos pronto y lo haríamos por caminos separados. Incluso si algo había nacido entre nosotros, ese algo siempre estuvo condenado al olvido y a la insignificancia, y negarlo ahora sería un absurdo.

No le veía sentido a seguir posponiendo lo inevitable, las cosas ya habían ido demasiado lejos y tenían que acabar.

Tenían que acabar ya mismo.

Y eso significaba no más visitas nocturnas, no más besos, no más necesitarle como le necesitaba.

Él era una avalancha que amenazaba con enterrarme vivo si no tomaba las debidas precauciones.

Una vez más iba a tener que protegerme, despedirme y seguir adelante.

El asesino en mí se alegró. El soldado elfo obedeció. El humano lloró.

P E N A

A la mañana siguiente me dispuse a poner en marcha mi plan.

—A ver si lo he entendido bien, Féyes. —La preciosa *hyoshie*, responsable de la asignación de tareas, me miraba con ojos entrecerrados. Un gesto extraño rondaba su cara llena de pecas—. ¿Me estás pidiendo que te ponga en la torre de vigilancia todas las noches?

—Sí, señora —contesté con voz firme.

—No puedes dormir, ¿o qué? —Sus perfectas cejas se elevaron tanto que casi rozaron su pelo rojo fuego.

Me limité a asentir de forma un tanto evasiva y ella se encogió de hombros a modo de respuesta.

—No te olvides de descansar durante el día.

Y, dicho eso, no perdió el tiempo en poner mi nombre en la hoja de trabajo del que resultaba ser el más solitario y más odiado turno de todo el campamento.

Ofrecerme para el turno de centinela tenía todo el sentido del mundo debido a mi insomnio; si podía hacer algo productivo con él, mejor que mejor. Pero, la verdad era que la torre de vigilancia era el único sitio —debido a la estricta regulación de la que era objeto— que me mantendría a salvo de cualquier tipo de visita nocturna.

Dejé de ir a ver a los arqueros al amanecer. Dejé de comer en la tienda comedor y lo hacía a deshoras, o cuando sabía que Ervyn estaría practicando. Y, consciente de que nuestros caminos podrían cruzarse en cualquier momento, también cambié mis rutinas de entrenamiento.

Lo de desaparecer funcionó durante un par de días.

Hasta que una tarde, Cián eligió a varios escuadrones al azar para otra de

sus *rápidas* carreras cargados de peso por el bosque.

El pelo rubio ceniza de Eryvn destacaba entre la multitud de elfos oscuros. Cuando nuestras miradas se encontraron mis manos rompieron a sudar.

Me sonrió con esa sonrisa de medio lado que siempre hacía que una ola de euforia me recorriera de pies a cabeza.

Le miré durante lo que parecieron eones, esforzándome en erradicar cualquier signo de emoción que sugiriera que le había visto.

Poco a poco, su sonrisa fue muriendo. Frunció el ceño. Me saludó con la mano, con cierta insistencia, y empezó a moverse en mi dirección.

—¡Reclutas, a toda velocidad! —bramó Cián.

Giré sobre mis talones y, sin prestar a Eryvn más atención que una mirada de soslayo, empecé a correr. Me desmarqué del grupo enseguida. Tenía el corazón en la garganta, como si me persiguieran espíritus malignos, y completé la distancia mucho antes que el resto.

El vacío que sentía en mi estómago se quedaría conmigo durante horas.

Resultaba extraño que un luchador como yo evitara la confrontación; no cuadraba con mi forma de ser. Actuar como un niño pequeño y desear que la situación se resolviera por sí sola puede que no fuera el más brillante de los planes, pero, a falta de una estrategia mejor, eso es lo que hice. Una conversación incómoda se cernía sobre nosotros y esta tendría lugar tan pronto como encontrara mis huevos. Pero aún no podía hacerlo. Apretaba tanto la mandíbula cada vez que pensaba en ello que hasta me dolía. Y más si tenía en cuenta que Eryvn era experto en no aceptar un no por respuesta. Experto en doblegarme a su voluntad. Experto con las palabras. Y con sus caricias.

Experto en mí.

A pesar de lo equivocado que todo esto parecía, me autoconvencí de que era lo mejor para ambos. Solo necesitaba mantenerme firme.

*P*arecía que la frase «Féyes, el elfo oscuro de pelo rubio te busca» se había convertido en un estribillo pegadizo que todos repetían y que yo no dejaba de oír en todas partes.

Por mucho que intenté no hacer nada predecible, en Día Libre, al atardecer, me encontré a mí mismo dirigiéndome al sur y subiendo la empinada ladera que me llevaría a la colina que tan a menudo visitaba. Algo en ese lugar

me centraba y necesitaba poner mis pensamientos en orden antes de que la guardia nocturna comenzara.

Solo que esta vez, no llegué a disfrutar de la puesta de sol.

Tras unos cientos de pasos caminados, la piel de la nuca me hormigueó con la inconfundible sensación de estar siendo seguido. Continué subiendo, agudizando el oído. Quienquiera que viniera tras de mí, o no se estaba molestando en ser sutil o era un acosador de mierda.

En la siguiente curva del camino, me pegué contra las rocas de un lateral y me quedé quieto.

Se oyeron ramitas romperse, hojas crujir, una respiración cada vez más cerca, un incauto paso tras otro.

Tres latidos más tarde, tenía al desafortunado acechador contra un árbol, mi antebrazo izquierdo presionando su barbilla mientras el derecho apretaba su pecho.

El cabrón era más bajo de lo que había anticipado. También tenía mucho más pecho del previsto.

Me llegó un olor a lirios del valle. Un aroma que recordaba.

La arquera norteña, Aryhana.

Sin aliento y con los ojos vidriosos, levantó la vista hacia mí. Y eso fue todo, prácticamente ni se inmutó ante semejante maltrato.

—Rápido y a lo bruto. No es así como recuerdo nuestra última vez —dijo ella con voz estrangulada.

Me sonrojé.

Soltó una risa ronca.

—No era una crítica, Lochan.

Le faltó añadir «imbécil», pero fue amable y no lo dijo.

Otra ola de rubor me subió por el cuello hasta la cara al darme cuenta de que mis manos seguían en su cuello y en su pecho. La liberé.

—¿Qué haces aquí?

—Como abandonaremos el campamento en breve, había pensado que sería buena idea despedirme —dijo con sus ojos verdes brillantes, poniéndose de puntillas.

Sabía que sus labios sabrían a cerezas, dulces y cautivadores, antes de que los posara sobre los míos. Y lo sabía porque los había probado con anterioridad.

Era cálida. Delgada y musculosa, pero suave donde hacía falta. Y estaba deseosa.

Como la otra vez.

Me aparté de ella con suavidad.

—No puedo —le dije.

—¿Por qué no? Me gustas. —Puso gesto serio—. Y ya lo hemos hecho antes.

Una vez, era verdad. Hacía un año, nada más empezar el entrenamiento. Yo no podía dormir; el hidromiel no había funcionado y no porque no lo hubiera intentado. Así que me acerqué a ella, que estaba sentada en la penumbra junto a una fogata, en esas horas silenciosas previas al amanecer. No deberíamos haber empezado nada. Ni ella ni yo. No fue mi decisión más acertada, a pesar del consuelo que esos torpes momentos trajeron consigo. Aryhana era nueva, echaba de menos su hogar y tenía miedo de no encajar en el campamento. Y luego estaba yo, borracho e inquieto. Haber vuelto al País de los Elfos me había afectado más de lo que había esperado y de lo que me atrevía a admitir.

—Lo siento —susurré.

Le tembló el labio y los ojos se le pusieron vidriosos.

Luché contra una oleada de pánico. Era irónico que pudiera romper cuellos sin inmutarme, pero que las lágrimas de una chica me afectaran así a los nervios. Pero este no era ni el momento ni el lugar para reflexionar sobre lo intrincado de la mente de un asesino, así que dejé de darle vueltas para decir algo... y no salió nada.

Aryhana se mordió el labio, estudiándome.

—¿Es por el elfo oscuro con el que has estado últimamente?

La mera mención de Ervyn me llenó de confusión. Intenté decir algo, pero las palabras me fallaron una vez más.

Ella siguió haciendo suposiciones. Aunque podía ser que no fuera tanto una suposición sino que resultara así de obvio.

—Estás enamorado de él.

No. Sí. ¿Lo estoy? Por los dioses todopoderosos. Joder.

Asentí. Admitirlo me sorprendía, desanimaba y emocionaba al mismo tiempo. Pero, por algún motivo, la confesión pareció tener un efecto calmante en ella.

—Se unirá al Regimiento de las Tierras Altas en Asirhwÿn, ¿no? —dijo, pensativa.

El destello de compasión que brilló en sus ojos no me pasó desapercibido.

Con el anochecer llegó también el cambio de luz y una brisa más fresca. Y, en una especie de acuerdo tácito, ambos empezamos a caminar hacia el

campamento, perdidos en nuestros pensamientos. Le agradecí mucho que no intentara entablar conversación por el camino. Un tono melancólico nos cubría a ambos y eso hizo que, de forma un tanto extraña, me sintiera conectado a ella.

Nos separamos a los pies de la colina.

Le di un apretón en la mano, como si eso fuera a aliviar la culpa que sentía en la boca del estómago.

El beso que me dio en la mejilla fue una suave caricia contra mi piel. Y, tras un rápido balanceo de pelo dorado, desapareció.

Me quedé quieto, jugando con el *piercing* de la lengua, pensando.

Sentí a Eryvn antes de verle. Estaba ahí, parado frente las puertas del campamento.

Sus enormes ojos negros fijos en mí, la conmoción evidente en su rostro.

Me quedé sin aire. Nada podía haberme preparado para la expresión de pena que pude ver en su cara, tan a la vista, tan en carne viva. Con su rabia podía lidiar. Su dolor me partía en dos el alma.

Medio esperé —y así lo deseaba— que arremetiera contra mí. Que me agarrara, me zarandeara, que me hiciera confirmar o desmentir lo que fuera.

No lo hizo.

Y yo dejé que sacara las conclusiones equivocadas.

Sentí un pinchazo de dolor atravesarme el cuerpo al ver cómo me volvía la espalda. Di un paso al frente. Luego otro. Me preparé para correr tras él. Pero, al final, logré superar la necesidad y me quedé quieto justo donde estaba.

¿De qué serviría?

Así es como tenía que ser. De hecho, las cosas no podrían haber salido mejor. Todo arreglado. Muerto y enterrado. Cortado de raíz. O cualquier otra frase hecha que encajara con la situación.

Debería de sentirme aliviado. Y, en algún momento, lo estaría... tan pronto como mi cabeza dejara de dar vueltas.

Él era peligroso. Así que hice lo necesario para mantener ese peligro a raya. Para acabar con él. Al fin y al cabo, si había algo de lo que yo sabía mucho era sobre matar y sobre protegerse.

Intenté deshacerme de esa ridícula sensación de que estaba perdiendo algo bueno, algo de verdad. El sentimiento de pérdida me golpeó como si de un yunque se tratara.

Mi corazón siguió latiendo; quizás un poco más rápido de lo normal, pero parecía que seguía funcionando. Así que no sabría explicar por qué parecía

que me lo acababan de arrancar del pecho. Seguí mirando en la dirección por la que había desaparecido, aunque hacía ya tiempo de eso, lamentándome por la oportunidad que había perdido y ante la que había querido rendirme, pero que había dejado escapar.

No había otra forma de hacerlo.

En aquel momento ignoraba la de veces que tendría que recurrir a esas palabras, cómo las repetiría como si fueran un mantra y las usaría como escudo para protegerme.

PRUEBAS

*M*i humor no mejoró demasiado en los siguientes días. Hice lo imposible por no pensar y me limité a funcionar solo a nivel físico. Esta técnica había sido efectiva en el pasado, así que volcarme en ella de nuevo resultaba tan familiar como volver a empuñar una vieja espada.

Excepto que esta vez, por mucho que me esforzara, estaba jodido.

El recuerdo de cómo me había mirado Eryvn se clavaba en mi ser cada vez que *no* pensaba en ello. Vivía con temor a cruzarme con él y sospechaba que a él le apetecía todavía menos. Su escuadrón se había ido para llevar a cabo otro entrenamiento fuera del campamento y, solo por eso, le debía a los dioses la mayor de las ofrendas.

Estaba ansioso por mi inminente partida. Para mantenerme ocupado, volví a correr y aumenté mis sesiones con el muñeco de madera. Casi todos los reclutas de mi escuadrón estaban dispuestos a entrenar conmigo usando manoplas y protecciones, pero para practicar el combate mano a mano no se ofrecía nadie. Y ni hablar de pelear con cuchillos. El miedo a ser heridos, justo antes de partir hacia sus destinos, era desalentador para la mayoría. Así que, ante la dificultad de encontrar un compañero de *sparring*, Cián, siempre dispuesto a un poco de ese peculiar magreo, aumentó nuestras sesiones a dos diarias.

A pesar de la rigidez de los horarios, me sentía inquieto y sin propósito. Los días se me hacían eternos. No podía dormir y nunca entraba en calor. Si algo tenían en común todas mis noches era el dolor en cada uno de mis músculos. Y no era solo algo físico, pero darle vueltas al asunto me apetecía lo mismo que comer brasas incandescentes.

Una mañana, me senté de piernas cruzadas frente a mi tienda y empecé a revisar, más por aburrimiento que por necesidad, mi kit de estrellas arrojadizas y dagas de muñeca. Me lo había regalado mi padre y lo mantenía en impecables condiciones. Aunque las Fuerzas Armadas Élficas nos proporcionaban material de la mejor calidad, yo solo hacía uso de él en contadas ocasiones. Mi juego de armas, organizado por el mismísimo Gran Maestro de La Orden, contenía auténticas maravillas.

Vi cómo el *hyoshie* Quill se paseaba entre las tiendas reuniendo a reclutas aquí y allí, pero supuse que a mí no se dirigiría, así que seguí con lo mío. Hasta que un primer plano de su abultada entrepierna contradujo tal suposición.

Levanté la vista.

—Ponte en marcha, Féyes. Te acabas de ofrecer voluntario para una cacería. A no ser que prefieras quedarte ahí tomando el sol —dijo con desdén.

Negué con la cabeza, metí mis juguetitos en sus respectivas bolsas y me puse de pie.

—Bien. La cocina se está quedando sin carne y el cocinero jefe está que trina. Por fortuna, hay unos veinte de vosotros que ya habéis completado el entrenamiento y os puedo poner a buen uso en vez de dejaros holgazanear por el campamento sin hacer nada de provecho.

El cocinero jefe era un sureño gritón y propenso a las pataletas que tenía que alimentar quinientas bocas a diario. Normal que se estuviera volviendo loco; la comida era de vital importancia en el campamento. Que se supiera, en toda la historia del Ejército de la Reina, solo había habido un caso de amotinamiento y fue como consecuencia de unos filetes en mal estado. La reina Nae'amh era de la opinión de que los soldados luchaban con el estómago y aprovisionaba —con frecuencia y en abundancia— a todas las instalaciones militares. A pesar de ello, cada campo de entrenamiento se abastecía con víveres y productos frescos de la zona. El dicho «come como un soldado élfico» tenía una muy sólida base.

—Te voy a poner a cargo, Féyes. Reúnete con los demás en los establos y coge tu caballo. —Quill ya había dado media vuelta y había fijado su objetivo en otro recluta, que se había intentado escaquear sin mucho éxito—. Un par de docenas de carne de venado y treinta mancuernas de aves serán suficiente —gritó el *hyoshie* en mi dirección.

—Sí, señor.

Reviví ante la idea de una tarea que conllevara un cambio de escenario.

Habría aceptado con los brazos abiertos cualquier actividad que ayudara a ocupar mi mente y cansara mi cuerpo. Por no mencionar que, al irme de caza, evitaría estar ahí para la vuelta al campamento de los arqueros del *hyoshie* Hélk, cuya llegada se esperaba de un momento a otro.

«Solo los cobardes huyen de los asuntos pendientes», la voz de mi padre resonó en mi cabeza y, para mi horror, me llevó un tiempo acallarla.

Cinco caballos percherones trotaban entre las altas hierbas, llevando consigo —bien envuelto y embolsado en lino— todo lo cazado.

Los animales, con sus pesadas cargas, no eran los únicos cansados. A pesar del paso lento que llevábamos en nuestro regreso al campamento, tenía el culo como si me hubieran salido púas y me dolía la pelvis con cada movimiento de la montura. Todos estábamos deseando desmontar y descansar.

Contra todo pronóstico, no encontré el papel de líder tan molesto como había creído. De hecho, disfruté el cargo y la responsabilidad, y tuve el primer atisbo de lo que significaba pertenecer al Ejército de la Reina. Los otros reclutas habían seguido mis órdenes sin quejarse y sin nada que objetar, a pesar de que mi comunicación con ellos había sido a base de movimientos de cabeza, gestos y monosílabos.

Que te aceptaran, aprendí, se parecía mucho a tener un par de botas de piel nuevas: era algo extraño e incómodo, pero, de alguna forma... necesario.

Desde la distancia nos llegó el suave eco de gritos y aplausos. Y, a medida que nos acercábamos, el sonido fue *in crescendo* hasta vernos rodeados por completo por su intensidad.

¿Qué demonios era ese jaleo? Al oír una nueva ola de aplausos, lo recordé: las pruebas de arco. Mi última noche en el campamento.

Cuando por fin conseguí desmontar, no pude contener el suspiro de felicidad que se me escapó.

Lo primero que hice fue mandar la carne a la cocina, donde —sin duda— el cocinero jefe se mojaría de gusto. Después, me ocupé de mi semental gris, Hiree. Existía una tradición según la cual a los caballos militares había que ponerles grandes nombres, algo que tuviera que ver con el combate o la guerra. Cuando dejé que mi hermano pequeño, Basti, pusiera el nombre al mío,

no pensé demasiado lo que estaba haciendo. Y es que «Hiree» traducido a élfico común significaba «ratón». Claro está que solo uno de nosotros encontró eso hilarante.

El campamento parecía desierto. Como si, en mi ausencia, una plaga hubiera arrasado con él. Todo el mundo, excepto los reclutas de servicio, estaría viendo competir a los arqueros. Y haciendo apuestas, claro.

Dejé mis cosas en una pila en el suelo junto a mi catre y, sin molestarme en lavarme ni en cambiarme, me dirigí a los campos de entrenamiento.

La zona había sido despejada y ahora hervía de excitación, llena tanto de reclutas como de *hyoshies*.

Divisé a un grupo de competidores eliminados. Resultaba evidente que lo eran porque todos ellos llevaban bandas de colores brillantes en sus bíceps y hacían gala del mismo gesto de amargura. Entre las caras lamentosas y mandíbulas apretadas divisé un rostro familiar: Aryhana. Su banda amarilla indicaba que había logrado pasar a la segunda ronda antes de haber tenido la mala suerte de ser eliminada.

Me apresuré. Parecía que se estaba disputando la final y podría presenciar los últimos tiros de los dos mejores arqueros.

Sorteeé el enjambre de gente a mi alrededor y fui acercándome. Luché contra ese instinto dentro de mí que me decía que con una patada baja podría derribar a unos cuantos y avanzar más deprisa.

El gemido de consternación del público me hizo saber que uno de los favoritos acababa de cagarla. Aún no alcanzaba a ver quién estaba disputando la final. Un par de pasos más y lo sabría.

Pero ¿qué cojones?

Se me paró el corazón. Miré con más detenimiento.

¿Y quién estaba tras la línea de los finalistas de tiro al blanco, con el pecho desnudo e impresionante a más no poder?

Ervyn.

En su mano descansaba un arco largo asimétrico excepcionalmente alto, de esos que solo usaban los elfos oscuros. Un guante de piel cubría su mano de tiro; la otra la tenía salpicada del polvo que se usaba para mejorar el agarre sobre el arco. Un juego adicional de flechas descansaba a sus pies en el suelo.

¿Cómo? ¿Por qué?

Podía oír mi propio pulso martilleándome en los oídos. Ver a Ervyn sin camisa e intentando entrar en los Exploradores hizo que mi autocontrol se fuera a tomar por culo.

Me fijé en su oponente: empuñaba un arco más pequeño, con agarre central. Se trataba de un chico llamado Seinnés. Lo reconocí por su figura esbelta y por su trenza larga y rojiza. Era de Asirhwÿn y pertenecía a un escuadrón que rivalizaba con el de Eryvn. Me había fijado en él con anterioridad, una o dos veces, y no solo por la estrechez de sus caderas. El cabrón era bueno. Buenísimo. Si alguien tenía alguna opción de vencer a mi elfo oscuro era este engreído asirhwÿniano.

¿Mi elfo oscuro?

La gente no me dejaba ver. Rechiné los dientes y avancé, sacando codos y poniendo mi peor cara. Necesitaba saber qué estaba pasando.

Encontré al primo de Eryvn justo donde supuse que estaría: entre los espectadores de la primera fila. Se había puesto en perpendicular a los arqueros, a una distancia perfecta entre ellos y el objetivo de paja, lo que le daba una visibilidad inmejorable de lo que pasaba en el campo. Verhan se estaba mordiendo las uñas, tenía el ceño fruncido y la punta de las orejas rosa.

Traté de llamar su atención aclarándome la garganta, pero el ruido a nuestro alrededor absorbió el sonido, así que no tuve más remedio que tocarle el brazo para hacerme notar.

Verhan se apartó ante mi toque y me miró de forma distraída, la tensión emanaba de su cuerpo de forma tan intensa que era casi como un perfume.

—Están compitiendo al mejor de ocho flechas. Llevan cuatro. —Señaló el blanco con la barbilla—. Eryvn va perdiendo. No está centrado.

Entrecerré los ojos intentando evaluar la situación por mí mismo. Tuve que hacer un esfuerzo, puesto que durante la última fase de la competición el blanco se ponía a ochenta pasos en vez de a sesenta.

Lo primero que pude ver con claridad fue que las flechas negras de Eryvn no igualaban en puntuación a las plateadas, elegantes y más pequeñas de Seinnés. Las buenas noticias eran que, además de un diez, había conseguido un tiro perfecto en el centro, lo que tenía un valor de doce puntos. Por desgracia, dos de sus otras flechas habían conseguido una puntuación baja mientras que el puto Seinnés había anotado cuatro nueves seguidos.

Preocupado, dirigí la mirada a los participantes.

A la señal del juez, el asirhwÿniano se puso en posición. No dudó y soltó dos flechas en una rápida sucesión.

Un jadeo colectivo premió su actuación: un nueve y un ocho.

Eryvn fue el siguiente en ponerse tras la línea de tiro, enfrentando el objetivo con el lado izquierdo de su cuerpo.

Noté cómo el sudor me bajaba por la columna vertebral. Los esculpidos músculos de su espalda y de sus brazos se tensaron y flexionaron robándome la capacidad de respirar, pensar y tragar saliva al mismo tiempo.

Al más puro estilo de los elfos oscuros, se llevó el arco al hombro derecho en vez de a la barbilla o a la mejilla. Era un método muy peculiar, dado el tamaño del arco y la forma de sus palas, y variaba un poco de unos clanes a otros.

La postura de Ervyn mientras se preparaba para el tiro era tan elegante e imponente como siempre, pero algo en su porte me resultaba extraño.

Le había visto practicar incontables veces. Recordaba su técnica, cada matiz de ella, a la perfección. El tiro con arco —el epítome de la paciencia, la dedicación y el autocontrol— se ajustaba a la personalidad de Ervyn como un guante. Aunque los arduos entrenamientos no le habían venido mal, lo que él tenía era un don, una habilidad que le nacía de dentro, de su instinto. Y eso, unido a su inmensa capacidad de destacar, le había convertido en uno de los mejores arqueros que había visto en mi vida.

Pero ahora no veía esa sutileza y ese garbo que le caracterizaban. No estaba seguro. No estaba cómodo. No estaba sediento de triunfo. Parecía tener prisa, como si estuviera allí obligado, como si quisiera acabar cuanto antes. Su postura era rígida y vacilante, y esas cosas podrían pasar desapercibidas para el resto, pero no para mí.

Ervyn soltó la cuerda con la mano derecha. La primera flecha dio en el blanco.

La segunda hizo que casi me retorciera de dolor.

El grupo de elfos oscuros que estaba justo detrás de mí gimió y sonó muy parecido al lamento de un animal herido. Un nueve y un cinco.

Mierda. ¿Un cinco?

—¿Qué cojones? ¿Qué está haciendo? —Verhan se pasaba la mano por el pelo, hacia atrás y hacia delante, dejándose una especie de cresta—. Es como si hubiera dejado de importarle, o algo así.

—Tercera ronda: Hernan Seinnés, cincuenta y tres —dijo el juez—. Ervyn Morryés, cuarenta y ocho.

—*Hexe tu-ehr assi* —siseó Verhan entre dientes, para después escupir en el suelo y pisotearlo con fuerza—. Si el muy cabrón se rinde, lo mato.

Le miré entrecerrando los ojos.

—¿Qué? —Se alejó de mí unos pasos—. No sé de qué coño te sorprendes, después de los meses que he pasado ayudándole a entrenar.

Apreté los puños.

¿Meses? ¿Por qué Eryvn no me había dicho nada?

A ver, a ver. Las circunstancias no eran las ideales, pero aún no estaba todo perdido. Si superaba la crisis por la que parecía estar pasando y acertaba dos tiros en el centro en la última ronda, aún podría ganar. Por un pequeño margen, pero lo lograría. Contando, claro, con que Seinnés no hiciera lo mismo.

Me obligué a calmarme y observar.

Y, entonces, el asirhwÿniano tuvo que venir y cagarse en el poco equilibrio que me mantenía en pie.

Supe lo que pretendía en el momento en que le hizo un gesto al juez pidiéndole permiso para acercarse a su *hyoshie*.

Lo que fuera que Seinnés le dijera a su entrenador, puso una fea sonrisa en la cara de este. Seinnés volvió a su puesto, todo engreído, mientras su *hyoshie* intercambiaba unas palabras con el juez.

Tras esa pequeña reunión, el juez exclamó:

—Aumentamos la distancia a cien pasos. A partir de ahora, cada tiro puntúa doble.

Era un cabronazo, pero no podía culparle por usar esa táctica. En su lugar, yo hubiese hecho lo mismo. Por algo el lema de las Fuerzas Armadas Élficas era «maximiza tu ventaja». Era una norma con la que nos habían machacado durante los entrenamientos y se había convertido en algo que hacíamos incluso antes de ser conscientes de que lo estábamos haciendo. Aún así, no pude evitar que me rechinaran los dientes mientras un par de reclutas medían la nueva distancia y ajustaban los objetivos.

Cada participante tenía derecho a aumentar la distancia una vez durante la competición. La regla era que los aumentos tenían que ser de veinte pasos. En cada cambio, los puntos se duplicaban, triplicaban o cuadruplicaban según correspondiera. La estrategia de Seinnés estaba encaminada a aumentar su puntuación en la última ronda y hacer que a Eryvn le resultara más difícil alcanzarle. Anotar dos tiros centrales a ochenta pasos era una cosa, hacer lo mismo a cien... otra totalmente distinta.

Eryvn permanecía impasible ante todo el jaleo a su alrededor. Al menos, eso es lo que a mí me parecía, a juzgar por la vista que tenía de su espalda, inmóvil, como esculpida en mármol. Su puto primo compensaba esa quietud sin parar de moverse a mi lado, haciendo gestos de lo más vulgares y murmurando en su propia lengua.

En la última ronda, Seinnés se lo tomó con más calma: tardó más en preparar su arco, en tensar la cuerda y en apuntar. Ambos lanzamientos fueron limpios y perfectos.

Me estiré para mirar el blanco.

—Mierda. Dos putos nueves en doble puntuación —gruñó Verhan—. Qué gilipollas.

Y yo estaba de acuerdo. La calidad del asirhwÿniano había empezado a ser muy molesta hacía ya unas cuantas flechas.

—Se acabó —dijo una voz femenina de entre el público—. A no ser que, por arte de magia, Morryés consiga dos doces.

Magia es lo que parecía necesitar, efectivamente. Y era como una patada en las pelotas. Justo cuando me había atrevido a albergar un poco de esperanza.

Me mordí el interior de la mejilla hasta que me supo a cobre. A mi alrededor, por todas partes, todo lo que oía eran elfos haciendo y aceptando las últimas apuestas y parecía que las probabilidades estaban en contra de Eryvn. La mayoría de los reclutas manejaba cifras pequeñas, lo que se alternaba con alguna apuesta un poco más alta, de unas cinco monedas de plata.

De repente, se me ocurrió algo que hasta ese momento no había considerado. Respiré hondo armándome de valor.

—Doscientas monedas de plata por el elfo oscuro.

Grité tan fuerte como mi voz —para nada acostumbrada a ese volumen tan alto... o a ningún volumen, para qué engañarnos— me permitió. Mis cuerdas vocales se contrajeron a modo de protesta.

Y en el largo —larguísimo— silencio que siguió a mis palabras, sentí la mirada de todo el mundo sobre mí.

Me daban todos igual. Solo necesitaba que me oyera una persona. Solo una importaba.

Eryvn giró la cabeza de golpe. Me miró por encima del hombro, apremiante. La intensidad de la pregunta escrita en su mirada estuvo a punto de abrasarme.

Yo también le miré a los ojos. Con estudiada calma, como si estuviera aburrido. Y me crucé de brazos.

El ruido, la gente... parecieron desvanecerse y todo quedó reducido al brillo de sus ojos de obsidiana.

Sé que puedes hacerlo. Por nosotros. Si lo deseas lo suficiente.

¿Había asentido antes de volver a girarse? ¿O me había jugado la luz una mala pasada?

Todo pasó muy rápido después de eso.

Ervyn levantó el brazo para llamar la atención de su entrenador y del juez.

Tras solo un instante de conversación con él y al *hyoshie* Hélk parecía que le había dado una apoplejía. Su piel se había teñido de rojo escarlata y gotas de sudor le caían de la frente. Negó con la cabeza a lo que fuera que Ervyn le estaba diciendo al oído. Al final, el *hyoshie* levantó ambas manos, claramente descontento con el desarrollo de los acontecimientos.

Mientras Hélk se dirigía al juez, Ervyn volvió a la línea de tiro. Se puso en posición y agarró el arco por la parte baja. Su postura era todo calma y seguridad.

—Se aumenta la distancia a... ciento cuarenta pasos. —La voz del juez sonó bastante parecida a un chillido. Tosió, tapándose la boca con la mano, y repitió—: Ciento cuarenta pasos. Se cuadruplican los puntos.

—Estás loco —me dijo Verhan en tono resignado, aunque sus labios se elevaban en una sonrisa que mostraba sus blancos dientes—. Tú y tu chico, los dos. Mira que alentarle así... y el muy cabrón podía haber aumentado solo veinte pasos.

A pesar de lo nervioso que estaba, no pude evitar una pequeña sonrisa. Ervyn era Ervyn y eso quería decir que iría a por la mayor distancia posible e intentaría un tiro de proporciones legendarias.

Contuve el aliento, como si cualquier hilillo de aire que se me escapara repercutiera en la precisión de Ervyn, mientras una miríada de confusos pensamientos invadía mi cabeza.

Ervyn se posicionó, equilibrándose. Se puso recto y echó los hombros hacia atrás; su postura osada y controlada. Yo sabía que concentraría toda su energía en eliminar cualquier sonido del exterior. A la hora de dar en el blanco, tan importante como la técnica, era la calma de espíritu.

Una vez que colocó la mano izquierda en la empuñadura, volvió la cara hacia el objetivo de paja.

Cuando le vi elevar el arco sobre su cabeza se me erizó la piel de todo el cuerpo. Empezó a tensar la cuerda, y fue separando sus brazos hasta que la flecha quedó alineada con sus cejas.

Una ola de entusiasmo se apoderó de mí cuando me di cuenta de que iba a hacer un tiro instintivo, confiando en que su experiencia y memoria corporal guiaran sus movimientos.

Cuando soltó la flecha, permaneció inmóvil un momento, permitiéndose volver de su estado de concentración de forma serena. Luego, preparó su arco una vez más.

Por los dioses misericordiosos. ¿Podría ser cierto?

No me atrevía a confiar en mis ojos siendo tan grande la distancia.

Los reclutas encargados de ayudar al juez recogieron el objetivo y lo llevaron ante él.

Dos flechas negras se hallaban dentro de la estrecha franja naranja que marcaba doce.

—Ronda final: Hernan Seinnés, de Asirhwÿn, ochenta y nueve. Eryvn Morryés, de la Montaña Negra, ciento cuarenta y cuatro —graznó el juez.

Puto chico de las cavernas. Lo había conseguido.

El aire a mi alrededor explotó en un barullo de vítores y gritos.

Las rodillas casi me fallan del alivio que me embargó. La alegría y el orgullo que sentí en ese momento no tenía precedentes y el rápido latir de mi corazón amenazaba con fracturarme las costillas.

En apenas un parpadeo, una estampida de elfos —sobre todo oscuros— descendió sobre Eryvn para felicitarle. Alguien le quitó el arco, otro le puso una taza de hojalata en la mano, animándole a que bebiera para celebrarlo. La muchedumbre le rodeaba, gritaba y reía, empujándose unos a otros. Verhan arrastró a su primo a un abrazo tan sentido que podría haberle dislocado alguna vértebra. El *hyoshie* Hélk estaba irreconocible debido a la gigantesca sonrisa estampada en su cara y daba golpes en la espalda de Eryvn como si de un tambor se tratara. Incluso Aryhana y Seinnés intercambiaron torpes apretones de manos con él.

Yo permanecí cerca, apoyado en un roble, observándolo todo, esperando a que acabaran.

De vez en cuando, la mirada de Eryvn se posaba en la mía, como para asegurarse de que seguía allí. Rogándome y obligándome a que me quedara.

No debería preocuparse. No tenía intención de mover un dedo.

No sé cómo terminé con un pesado morral lleno de monedas. Pesaba de cojones. Me lo entregó un recluta escurridizo que a menudo ejercía de corredor de apuestas. Lo arrojé al suelo a mis pies.

Eryvn se dirigió hacia mí tan pronto como la multitud se disipó. Mientras se acercaba sus ojos examinaban mi cara, precavidos.

Odiaba que mis acciones hubieran plantado esa semilla de incertidumbre en alguien que siempre estaba tan en control de sí mismo. Deseaba calmarle.

Disipar cualquier duda que pudiera carcomerle. Hacerle saber que había estado magnífico. Disculparme. En su lugar, le dije:

—Lo has hecho bien.

Tan bien que la tendría dura durante toda una semana.

Asintió y dio un paso más hacia mí, dejando solo una pequeña distancia entre nosotros.

Y eso también lo odiaba.

—Estarás encantado con tus ganancias, ¿no? —Miró hacia las monedas de plata que descansaban en la hierba.

—Lo estoy. —Tragué saliva con dificultad—. Y parece que también he ganado un compañero de tienda.

—¿Un compañero de tienda? —Pareció considerarlo y se acercó otro paso—. Yo estaba pensando más bien en un compañero de cama.

—Es mi día de suerte, entonces —dije sin perder ni un instante—. Parece una buena oferta.

Sonrió de medio lado.

—Ah, ¿sí?

—¿Estás seguro de esto? ¿Qué pasa con la Guardia de la Reina?

—Que les jodan —dijo arrastrando las palabras.

—¿A unos mil arqueros? —levanté una ceja—. Si te digo la verdad, preferiría que no lo hicieras.

Ante eso, se rio. Y solo en ese momento me di cuenta de lo mucho que había echado de menos ese sonido. A mí me estaba costando un esfuerzo enorme contener la sonrisa, así que cedí.

—Dioses, qué impresionante eres. —Me hizo un gesto para que me acercara—. Ven aquí—. Ese tono autoritario estaba de vuelta en su voz.

Me acerqué a él, deseoso, porque hacerlo me parecía lo más natural del mundo. Todo estaba bien de nuevo.

No nos movimos; no dijimos ni una palabra; nada podía estropear ese momento, esa intensa atmósfera por la que nos vimos rodeados. El vello de la nuca se me erizó.

—Quiero oírte decir que eres mío —me exigió.

—Eres mío —dije muy serio.

Eso también hizo que se riera.

—Tú y yo, *mu'hrōnye* —dijo mientras me cogía la mandíbula con fuerza. Su expresión rezumaba solemnidad—. Nadie más, ¿lo entiendes?

Tragué el nudo en la garganta que sus palabras y su toque habían

provocado y asentí.

Noté cómo se le abrían un poco los ojos. No había esperado que estuviera de acuerdo.

El instinto me decía que esta era la promesa más significativa que haría en la vida, y lo era a pesar de que ninguno de los dos pusiera nombre al compromiso que suponía.

Por aquel entonces, yo ya había aceptado su poder de romperme en mil pedazos. Era cautivo del calor de su rudo toque, de su sonrisa de medio lado, de la fiebre oscura de su mirada.

En definitiva: estaba jodido.

En todos los sentidos.

Supe que sus pensamientos viajaban por el mismo camino que los míos cuando sus ojos bajaron hacia mi boca varias veces, como un acto reflejo.

—No he dejado de soñar con tus labios —susurró—. Vas a pasar gran parte de la noche de rodillas.

—¿No me digas? —Ladeé la cabeza. Quería sus brazos a mi alrededor. El tono ronco de su voz aún resonaba en mi bajo vientre.

—Está bien, olvida lo de «gran parte». Apenas voy a durar dos toques.

Sonriendo, me acercó más a él.

Por fin.

Su calor me envolvió; me rodeó por completo, abrazándome tan fuerte que tuve que luchar por respirar.

Era perfecto.

A pesar de su compostura, el olor de su excitación invadió todos mis sentidos. Y, cuando antes de besarme dejó escapar ese suspiro tembloroso y apenas audible que llevaba tiempo muriéndome por oír de nuevo, me sentí anclado a él y desarmado. Ambas cosas al mismo tiempo.

En un inesperado momento de claridad, mientras sus dedos acariciaban mi pelo, se me ocurrió que, así como él me consideraba su centro, yo había encontrado el mío en él.

Continuará...

GLOSARIO

Asirhwÿn (también llamada *la Ciudad Plateada* por el color de la piedra con la que se construyó): capital y ciudad más poblada del País de los Elfos.

Asesino (brazalete de un solo anillo): el rango más bajo dentro de los Asesinos de La Orden. Su estatus se manifiesta por el tatuaje de un único anillo alrededor de la parte superior del brazo derecho. De esta forma se exhibe su categoría.

Asesino (brazalete de doble anillo): el rango intermedio entre los Asesinos de La Orden. Su estatus se manifiesta por el tatuaje de un anillo doble alrededor de la parte superior del brazo derecho. De esta forma se exhibe su categoría.

Asesino (brazalete de triple anillo): el rango más elevado entre los Asesinos de La Orden. Su estatus se manifiesta por el tatuaje de un anillo triple alrededor de la parte superior del brazo derecho. De esta forma se exhibe su categoría.

Bárbaros: tribus libres y salvajes que controlan la inmensa zona al sur del País de los Elfos y el Imperio. Organizados en grupos independientes y mediante alianzas cambiantes sin una entidad política fija, los bárbaros se rigen por muy variadas costumbres y hablan distintos idiomas. Considerados primitivos y salvajes tanto bajo el criterio élfico como el humano, los guerreros de estas tribus se han ganado su reputación de duros y feroces.

Darhê: la raíz de una planta que crece en los bosques y que suele masticarse por su sabor refrescante, dulce y especiado. Conocida también por inducir estados de vigilia; es un estimulante a menudo consumido durante la batalla, o en viajes para combatir el cansancio; es bastante común entre los elfos oscuros y ligeramente adictiva.

Día Libre: el cuarto día de la semana que llega tras tres días laborables y antes de otros dos, después de los cuales está el Día de Descanso (séptimo día de la semana). En Día Libre la gente trabaja menos horas y dedica su tiempo al ocio.

Ejecutor: una posición de poder y confianza en el seno de La Orden. Los ejecutores son elegidos entre los asesinos de triple anillo por el propio Gran Maestro y le reportan única y exclusivamente a él.

Ejército Nacional de la Reina (también conocido como *Fuerzas Armadas Élficas*): la principal fuerza ante conflictos bélicos, a quien corresponde la defensa del País de los Elfos y territorios dependientes de la Corona. Es el poder militar más grande y mejor entrenado del mundo. La reina Nae'amh II es su comandante en jefe.

Élfico común: el idioma más extendido en el País de los Elfos.

Elfos oscuros (también llamados *elfos de las Tierras Altas* o *Highlanders*): los habitantes de las Tierras Altas. Los elfos oscuros tienen rasgos físicos característicos (como los ojos y el pelo negros), hablan el dialecto de la montaña y siguen sus propias costumbres. Suelen llegar a ser arqueros excepcionales y excelentes jinetes.

Emperador Xenedor I: el dirigente del Imperio y las Islas del Norte y del Sur; y, desde que el Imperio perdiera en la Guerra Élfica contra el País de los Elfos, un renuente vasallo de la reina Nae'amh II. El comandante supremo de las Fuerzas Imperiales que se halla inmerso en un conflicto sin fin con los Bárbaros.

Exploradores: la unidad de élite más secreta de las Fuerzas Élficas. Están especializados en asesinatos, conflictos armados no convencionales y misiones de reconocimiento.

Gran Maestro de la Orden: El Maestro Asesino, cabeza de la Hermandad de Asesinos, cuya dirección pertenece en la actualidad a Lu Feninghan (el padre de Lochan Féyes).

Guerra Élfica: una serie de batallas campales, asedios y ataques militares de menor envergadura que se sucedieron entre el País de los Elfos y el Imperio durante un periodo de quince años. Al final, tras la devastadora derrota sufrida por las Fuerzas Imperiales en la batalla de Fhêrradyn, el emperador Xenedor fue obligado a aceptar a la reina Nae'amh como su señora feudal.

Hyoshie (literalmente: *profesor*): un Oficial del Ejército de la Reina, responsable de guiar a los reclutas durante su primer año de entrenamiento.

Imperio: El mayor estado humano, con capital en Ysêmyr. Cuenta entre sus habitantes con un alto porcentaje de no-humanos y está gobernado por el emperador Xenedor I. Su territorio abarca el continente principal (progresista) y las más conservadoras Islas del Norte e Islas del Sur. El Imperio se encuentra sumido en sus propios disturbios internos y en una permanente guerra con los Bárbaros, lo cual está afectándoles económicamente.

La Guardia de la Reina: (también conocido como *Regimiento de las Tierras Altas* o *Regimiento Highlander*): unidad militar asentada en la capital (Asirhwÿn), formada por arqueros montados y constituida, casi de forma exclusiva, por elfos oscuros. La Guardia de

la Reina tiene como misión la defensa de la ciudad y la protección de la monarca, tanto en tiempos de guerra como en tiempos de paz.

La Orden: la más influyente y formidable Hermandad de Asesinos, situada al sur del Imperio, en las afueras de la ciudad portuaria de Nėssyr. La Orden, cuyo símbolo es un halcón, está dirigida por el Gran Maestro y su Consejo de Sicarios.

Mestizo: un término ofensivo para describir a un no-purasangre (ya sea semielfo paterno o materno); un insulto racista.

Montaña Negra: una zona que se encuentra en lo más alto y aislado de las Tierras Altas Élficas.

Nae'amh II: la reina del País de los Elfos y territorios dependientes de la Corona; comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Élficas y la monarca más poderosa del mundo conocido.

País de los Elfos: el mayor país del mundo, con capital en Asirhwŷn, habitado por elfos y gobernado por la reina Nae'amh II. Sus vecinos son: el Imperio por el este, los Bárbaros por el sur, el Mar Salvaje por el norte y los vastos e impenetrables bosques por el oeste. La sociedad élfica se asienta en un sistema de clanes, servicio militar obligatorio y, en general, admiración por la excelencia castrense. La hegemonía —tanto política como militar— del País de los Elfos sobre el mundo humano fue establecida tras la Guerra Élfica.

Regalar un caballo: una costumbre de la montaña, muy extendida entre los elfos oscuros, que supone un compromiso equivalente a una propuesta de matrimonio.

Semielfo materno (también llamados *elfos de madre*): una persona con herencia racial mixta, nacida de madre élfica y padre humano. Los elfos maternos son una rareza. Heredan todas las características físicas y biológicas de un purasangre como longevidad y resistencia a las enfermedades humanas. A pesar de tener los mismos derechos que cualquier elfo, el prejuicio y la discriminación no les son ajenos, al menos, en cierta medida.

Semielfo paterno (también llamados *elfos de padre*): una persona con herencia racial mixta, nacida de madre humana y padre elfo. Los elfos paternos solo heredan algunas de las características físicas y biológicas de los purasangre. Su estatus social es ínfimamente superior al de los humanos. Los elfos de padre no son considerados miembros de la ciudadanía y pertenecen a la casta más baja de la sociedad élfica; debido a ello, la mayoría decide vivir en el Imperio.

Servicio Nacional: un periodo obligatorio de diez años al servicio del Ejército de la Reina que tienen que cumplir todos los ciudadanos élficos independientemente de su género o procedencia.

Tierras Altas (Highlands): el distrito situado al noroeste del País de los Elfos. Escasamente poblado por elfos oscuros y conocido por su duro clima, es un área caracterizada por enormes montañas, con altos picos, abundantes cavernas, lagos y entorno salvaje. Las Tierras Altas tienen cierta independencia cultural, política y militar con respecto a la Corona.

Ysêmyr: capital y ciudad más poblada del Imperio. Lugar donde reside y tiene su corte el emperador; también conocida por su producción de vino.

SOBRE LA AUTORA



Lingüista y ávida lectora con especial debilidad por los géneros fantástico y paranormal, **KASIA BACON** vive en Londres con su marido. Cuando no se está tirando de los pelos con alguna traducción que le hayan encargado, escribe historias de aventuras sobre elfos sexis y asesinos emocionalmente torpes. También podemos encontrarla meneando el esqueleto en clase de zumba, haciendo maratones de anime, o buscando fotos sobre lanzamiento de cuchillos en Pinterest. Muy fan de las Artes Marciales Mixtas (MMA) y el Muay Thai, le encanta la naturaleza y el aire libre. Sueña con convertirse en una persona pudiente, dejar la ciudad y mudarse a un minipalacete de madera en medio de un espectacular bosque parecido a esos que describe en sus cuentos sobre elfos.

Para fragmentos de sus libros, historias gratis y actualizaciones sobre nuevos proyectos:
suscríbete a la [newsletter](#) de Kasia.

Más de Kasia *online*:



OTRAS OBRAS DE KASIA BACON



DISPONIBLES EN INGLÉS

The Mutt (Order Book 1)

The Highlander (Order Book 2)

Twenty-One Arrow Salute (Order Book 2.5)

The Poison Within (Inspector Skaer Book 1)

Blessing and Light (Standalone)

Don't Fight the Spark (Soldiers & Mercenaries 1)

PRÓXIMAMENTE EN INGLÉS

When I First Saw Red (Soldiers & Mercenaries 2)

The Scouts (Order Book 3)

The Elven Vice (Order Book 4)

DISPONIBLE EN ESPAÑOL

El mestizo (Libro 1 de La Orden)

El elfo oscuro (Libro 2 de La Orden)

PRÓXIMAMENTE EN ESPAÑOL

21 flechas (Libro 2.5 de La Orden)

La Noche de la Luces (Independiente)

FRAGMENTO DE 21 FLECHAS

El puñetazo en la barbilla llegó de la nada y con tanta fuerza que casi me puso la cara del revés. Joder, eso dolía. Las lágrimas me nublaban la vista mientras, tambaleándome, me bajaba de la ventana de las termas y ponía los pies en el camino de arena.

—Verhan Türryés, eres un cabrón enfermo.

Suspiré. Si me dieran una moneda de plata por cada vez que había sido el blanco de semejante afirmación, sería el elfo oscuro más rico de las Tierras Altas. Probé a mover la mandíbula y me alegré al comprobar que todo seguía en su sitio. Entonces, me giré para enfrentar a mi líder de escuadrón: Achiah.

Teniendo en cuenta cómo apretaba los labios y lo entrecerrados que tenía los ojos, no parecía estar ahí para pedirme que fuera su pareja en el baile del arquero. Y lo peor es que yo aún no tenía con quién ir, así que no la hubiera rechazado. La chica tenía unos labios dulces e imponentes, con forma de *pashjia* madura recién pelada; así de rojos y succulentos. Y, por los dioses, que ese era el mejor par de...

—¿Cuál es tu puto problema? —Mi mirada debía de haber vagado muy hacia abajo, porque estaba señalándose los ojos en un gesto que decía claramente: «mírame a la cara»—. ¿No te pillé anoche espiando a las chicas en su último baño del día? ¿Y ahora estás espiando a los chicos? ¿Es que no tienes vergüenza?

—Pues no mucha, no —admití con calma—. Y tampoco tengo preferencia entre unos y otros.

Y eso era verdad. Chicos, chicas, cualquier cosa con pulso... me daba igual.

—Un momento, ¿no es la hora del baño de los oficiales? —preguntó

mientras trepaba a la ventana para echar un vistazo por ella misma. Cuando bajó, su cara estaba tan iluminada como el cielo en la Noche de las Luces—. Oh, esto es maravilloso. Estás babeando por el capitán Akhini, ¿no?

Como si yo tuviera la culpa. El culo del hombre era tan duro y redondo que parecía una obra de arte que algún artista enamorado hubiera esculpido en suave y pálido mármol.

Chasqueó la lengua.

—Eres una vergüenza para el cuerpo, Verhan. Empieza a actuar como un guardia de la reina de una puta vez, porque —y los dioses sabrán por qué— resulta que eres uno de los nuestros. No quiero a nadie de mi escuadrón haciendo el idiota por ahí. —Hizo una pausa, para crear suspense, y luego me miró con los ojos entornados—. Si se lo digo al comandante te vas a ver de mierda hasta tus puntiagudas orejas.

Ya. Eso no lo podía negar. Para empezar, porque el sentido del humor del comandante Yennés brillaba por su ausencia y, además, parecía que yo le ponía un poco de los nervios. A mucha gente le pasaba eso a mi alrededor, aunque yo no sabía por qué. Y, segundo: la posesividad que el comandante mostraba sobre el capitán Akhini era legendaria. Así que, lo mirara por donde lo mirara, mi futuro no parecía nada prometedor.

—Me da la impresión de que vas a ofrecerme una alternativa —dije con cautela—. ¿Qué quieres, Achiah?

La mirada que me dirigió, larga y escudriñadora, hizo que se me pusiera la carne de gallina y no en el buen sentido. Y ese fue el momento en el que la esperanza de salir de esta ileso murió y se desintegró frente a mí en el suelo de grava.

—Seinnés —dijo ella.

—¿Seinnés? —repetí, elevando las cejas. No conocía bien al asirhwýniano, a pesar de que habíamos hecho el entrenamiento inicial juntos y ambos habíamos acabado en la misma unidad—. ¿Qué pasa con él?

—Pues que necesita un poquito de ayuda. Es un buen arquero, pero he notado que tiene problemas siguiendo las órdenes en los entrenamientos.

Me quedé mirándola. Sí, tenía sentido, dado que Seinnés no hablaba el dialecto de la montaña, que era el idioma que se usaba en la Guardia de la Reina desde su origen.

A nuestra unidad no se la llamaba el Regimiento de las Tierras Altas porque sí. Desde que se creara, la Guardia de la Reina solo había estado formada por elfos oscuros. Pero, en los últimos tiempos —y tras un debate

público en el que se habían dejado caer conceptos tan ostentosos como inclusión, diversidad e igualdad de oportunidades—, la reina Nae'amh había decidido aceptar entre sus filas a elfos que no fueran oscuros, siempre y cuando estos fueran los más excepcionales arqueros. Aun así, muy pocos lo habían conseguido y, los que lo habían hecho, se habían mezclado entre el resto sin que su físico destacara, todos de pelo negro y fuertes. Pero Seinnés, con su llamativo pelo caoba, sus ojos verdes, y su esbelta y delicada figura, destacaba entre todos los demás.

—¿Y? —pregunté frunciendo el ceño—. ¿Qué quieres que haga yo al respecto?

—Que le enseñes lo básico.

Quería reírme, pero las ganas se me pasaron en el momento en el que me di cuenta de que estaba hablando en serio.

—No quiero —declaré, malhumorado.

—Venga, Verhan, pregúntame si me importa una mierda lo que tú quieras.

Nah. Estaba claro que no.

Nos miramos durante unos instantes. Un grupo de arqueros pasó corriendo a nuestro lado interrumpiendo nuestra guerra silenciosa y obligándonos a apartarnos del camino. Sus botas golpeaban el suelo —izquierda, derecha, izquierda—, levantando una nube de polvo a nuestro alrededor.

Me empezó a picar la garganta.

—Hay más —añadió tiempo después.

—*Qué maravilla.* —Mi humor iba de mal en peor. Y pensar que mi día había empezado tan bien...

Ignoró mis murmullos y continuó:

—Le han elegido para ser guardia de honor en el Día de la Reina.

Me quedé atónito.

—¿Qué? ¿Quieren que *él* forme parte del Saludo de las Veintiuna Flechas? ¿En solo tres semanas a partir de Día Libre?

—Pues mira, sí. Él y otros seis arqueros, como de costumbre. Pero es que, además, será el tirador central. El comandante creyó que ese era el mensaje que debíamos enviar.

Ante eso, me quedé sin palabras, algo que era de lo más extraño en mí. No duró demasiado.

—¿Qué mensaje? ¿«Ven al desfile y muere en un espectacular accidente entre arcos y flechas»? —farfullé, alucinado con la idea—. ¡Ese cabrón no sabe ni coger un arco asimétrico! ¿Y quieren que dispare flechas mágicas

cargadas de explosivos con un arma con la que no está familiarizado? ¿Sobre una multitud de elfos? Toda la ciudad estará allí. Por todos los dioses... ¡será un desastre! O perderá un brazo. O ambas cosas. —Estaba negando con la cabeza con tanta vehemencia que me estaba empezando a marear.

Desde tiempos inmemoriales, el Saludo de las Veintiuna Flechas había sido un homenaje del Regimiento de las Tierras Altas al Estado. Cada guardia de honor lanzaba tres flechas y, con cada una de ellas, se creaban intrincados fuegos artificiales que iluminaban el cielo de la capital. A los asirhwÿnianos les encantaba el espectáculo. Adoraban a los siete elegidos. Y, en especial, al tirador central, cuyas flechas dibujaban la cima de una montaña llena de color que simbolizaba las Tierras Altas. Y, a pesar de lo buen arquero que fuera Seinnés, y eso no lo discutía, él solía disparar con un arco simétrico, más pequeño y más pesado que los que nosotros usábamos. Soltar una flecha con un arco de montaña requería de una técnica distinta y no podía ni imaginar que alguien sin experiencia pudiera hacerlo bien y de forma segura y, menos aún, con los ojos de todos los habitantes de la capital puestos sobre él. Y el hecho de saber que las flechas estaban encantadas con el propósito de explotar veinte putos segundos después de ser soltadas, no creo que ayudara mucho.

Los deliciosos labios de Achiah se curvaron en una sonrisa que sacó a relucir un hoyuelo en su mejilla derecha.

—Venga, deja la pataleta. Lo hará bien. Porque ese va a ser tu papel: le vas a enseñar a tirar al estilo de la montaña.

Me reí.

—Y una mierda.

—Oh, sí que lo harás. —Me frunció tanto el ceño que creí que me mataría con la mirada—. O voy directa al comandante para contarle tu sucia obsesión con las termas. Pero no te preocupes, que estoy segura de que Yennés se tomará bien ese entusiasmo tuyo por... la higiene. No te romperá la nariz ni nada de eso.

Fingí escandalizarme.

—¿Me chantajeas, Achiah? Eso es despreciable.

—Gracias. Estoy bastante orgullosa de mí misma. —Asintió con la cabeza, satisfecha, y se colocó tras la oreja un mechón de pelo que se le había soltado—. Y me alegro de que me hayas entendido.

Me quedé mirando el suelo como si allí estuviera la solución al aprieto en el que me encontraba. Pero dado que no, me limité a dar una patada a una piedra.

—Que te jodan —dije en un murmullo.

—Eso es lo que a ti te gustaría, Verhan, pero no va a pasar. Ahora vete a buscar al chico, tienes una semana para formarle.

Me crucé de brazos. A decir verdad, no tenía nada en contra de Seinnés y, para ser sinceros, tampoco tenía nada mejor que hacer. Pero ser coaccionado a ello hacía que mi cabezonería se desbocara como un semental salvaje y temperamental.

—Venga, Verhan —dijo Achiah con la voz algo más suave—. Solo serán unas cuantas sesiones matutinas. Lo justo para que esté preparado cuando empiece los ensayos con la Guardia de Honor dentro de unos días. Entonces podrás dejarlo. ¿Qué hay de malo? Seinnés necesita que alguien le guíe un poco, nada más. Lo pillaré enseguida.

—No, gracias. Y además no creo que él quiera que le enseñe nada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has intercambiado alguna mísera palabra con él? ¿Lo ha hecho alguien?

Esa pregunta me dejó de piedra. ¿Se habría sentido Seinnés apartado dentro de su propia unidad? Ahora que lo pensaba, siempre lo veía solo.

—Es un gilipollas —dije, un poco a la defensiva.

—¿Lo es? —me preguntó, ladeando la cabeza—. ¿Podría ser por lo que he oído de que casi gana a tu queridísimo primo en un torneo de tiro en el campamento del que venís ambos? ¿O porque es un asirhwÿniano y no un elfo oscuro?

—Ambas. —La respuesta se me escapó antes de que tuviera tiempo de pensar en ello.

Achiah echó hacia atrás la cabeza y el movimiento hizo que su trenza negra azabache saltara por encima de su hombro.

—Eso es muy triste, Verhan. No te había tomado por un racista de mierda. Qué pena.

Noté cómo las puntas de las orejas se me ponían rojas. Achiah tenía razón. Me mordí el labio.

—¿Y cómo se ha tomado él la noticia? Se ha cagado de miedo en sus estrechos y caros pantalones, ¿a que sí?

—Bueno, es que he estado ocupada. —Sus mejillas adquirieron un tinte rosado—. Aún no he podido decirle nada.

—Ya, claro. —Puse los ojos en blanco—. ¿Por qué yo, Achiah?

—¿Porque eres imbécil y siempre te estás metiendo en líos? ¿Y porque yo no tengo ningún problema en usarlo contra ti? —Se encogió de hombros—.

Pero también, y que esto no se te suba a la cabeza, he visto cómo ayudas a los demás, cómo les enseñas y les das consejos a la hora de usar el arco. Si te sacas la cabeza del culo, puede que algún día seas un gran *hyoshie*.

Me quedé mirándola.

—O sea, que lo que de verdad quieres decir es que te gusto, ¿no?, porque podríamos...

—No. No podríamos. —Su tono frío, junto con la risotada burlona que soltó, hubieran herido mi orgullo en caso de haberlo tenido—. A ver, ¿lo vas a hacer? No puedo perder más tiempo aquí contigo. Le entrenaría yo misma, que además el chico entra muy bien por los ojos, pero estoy hasta arriba de cosas. Tienes dos opciones: haz lo que digo o pasa un par de días en el agujero curándote las heridas. —Se pasó las uñas por la manga de su túnica de lana, puliéndolas, y luego examinó el resultado—. A mí me da igual.

—Hay que ver cuánto te importo...

—Verhan, me estoy haciendo vieja de esperar.

—Está bien —ladré—. Por los dioses, no hace falta que insistas más. Lo haré, joder.

—Estupendo —canturreó, dándose la vuelta a toda prisa en cuanto las palabras abandonaron mis labios—. Y quién sabe, a lo mejor hasta lo disfrutas —me gritó por encima del hombro mientras se iba.

Seguro que sí. Iba a disfrutarlo tanto como un sarpullido en la polla.

Si te gusta el romance gay, tal vez te interese:

Escorpio odia a Virgo

Signos de amor #2

ANYTA SUNDAY

Si te gustó Leo quiere a Aries, te apetecerá este romance a fuego lento con una pareja que no sabes cómo o cuándo acabará junta, lleno de conversaciones sarcásticas y de una deliciosa tensión sexual no resuelta.

